

La Pluma

AÑO IV.

MADRID, FEBRERO 1925

NÚM. 33.

LA QUINTA DE PALMYRA

I

DESCRIPCIÓN DE LA QUINTA

PRIMERO había una alta tapia cubierta de musgo pardo como si llevase a sus hombros una capa de terciopelo. La puerta era una enorme puerta en cuyas dos columnas ponía: en la de la izquierda QUINTA, y en la de la derecha DE PALMYRA con su particular ortografía portuguesa. Sobre las columnas se destacaban los dos jarrones tradicionales.

Los árboles, más que centenarios, intentaban ocultar el palacio; pero se le entreveía en el fondo recibiendo los caminos en su puerta central, a la que se subía por una suntuosa escalinata.

Era un palacio clarito y triste. En los cozones de sus esquinas estaba depositada el agua de las lluvias antiguas, como reservorio de las lágrimas del cielo.

En el centro, sobre el ángulo de la frente de la casa, como atributo divino, había una diosa pagana que recogía su túnica sobre las bellas piernas. Era de piedra y tenía los colores variados

VII

97



LA PLUMA

del tiempo y los hoyuelos que hace la lluvia en el mármol como si fuese el mar. ¡Cuánta lluvia había bañado a aquella mujer!

Quitaba aquella escultura a la casa lo que de picudo tienen los tejados en forma de toca.

En señal de gratitud, ya que las chimeneas hacen tanto bien a la casa, como todas las chimeneas de Portugal, aquellas de la quinta estaban elevadas y convertidas en algo más que en chimeneas y parecían palomares, vástagos de la casa con pretensión de ser alguna vez casas auténticas, nuevas casas más allá del prado.

En los guisos campesinos y magníficos que se preparasen en aquella cocina tenían que influir las chimeneas artísticas de alargada y ancha rendija, muy bocona para dar salida al humo de las grandes cazuelas.

En un lado del pecho de la casa había incrustados unos cuantos azulejos azules, de esos tan portugueses en que parece desnubarrarse un cielo azul recién lavado, con nubes que aún no han acabado de destrizarse, nubes buenas que han endulzado el cielo con sus azucarillos.

Esos azulejos portugueses en que se refleja un día hermoso y un pozo mojado decoraban las fachadas del palacio de Palmyra, palacio de melancolía antigua, melancolía deliciosa como lo es el vino viejo.

¡Qué reflejo de un día antiguo había en los ladrillos azulencos y optimistas!...

Entre todos esos azulejos sin disimulo en sus juntas se componía una viñeta marina, un navío azotado por los vientos y por la tempestad.

Ya esos cuadros de azulejos que suele haber siempre en las fachadas portuguesas ponen lágrimas, ojos azules a través de lágrimas, en el aspecto de las casas.

¿Qué día indeleble se refleja en las placas sensibles de los azulejos? ¿El día inaugural y feliz de la casita?

El tono de la saudade está ya en esos azulejos azulosos, azulinos, azulosados.

A Palmyra le costaba siempre un suspiro el mirarlos.

A un lado, en lo alto, tenía una espadaña con su campanita para pedir auxilio.

Los balcones eran todos desiguales. Unos tenían un saliente excepcional, otros tenían una visera de tejas en lo alto, alguno estaba cerrado por una especie de celosía pintada de verde. Las ventanas en lo alto miraban a través de sus cristalitos, ventanas encarnadas desde las que el mar se veía un confín más allá, un escalón más abajo del escalón visible del horizonte.

Todos los balcones y todas las ventanas tenían visillos blancos de fina batista con ondulado *canesou*. La ropa blanca de los balcones siempre estaba aseada y se lucían los embozos de la intimidad de la casa encañonados y pulidos como chorrera de blusa blanca.

Se presentía detrás de esas muestras un pecho limpio y puro de mujer pulcra que huele al alba pura de la ropa blanca muy bien lavada y oreada.

Irían bien a los senos de la mujer que se asomase detrás de esos visillos su gran presentación rizada y atirabuzonada.

En el jardín se encontraban cenadores, mesas de piedra, bancos de parque antiguo con aire de sofás de piedra y un estanque chiquitín al que servía de fuente un niño guiando un cangrejo, niño sentado en unas peñas cubiertas de conchas del mar, como si fuesen conchas peregrinas.

El jardín de la Quinta abrazaba al palacete y se veía que sentía mucho cariño por él. Estaba contento de rodear aquella casa de sensata traza, aquel refugio de segura intimidad.

LA PLUMA

En aquel rincón de Portugal, junto al pueblecito de Ardantes, la paz del mundo era regia y aquella quinta respiraba felicidad y sosiego.

Todo el paisaje ayudaba a esa sensación, un paisaje de ningún lado del mundo, paisaje de los cuadros que tienen el reloj en una torrecita del panorama. Un paisaje lleno de nubes suspensas, de esas nubes que retienen los días inmóviles, como si fuesen desprendimientos dejados en su marcha y a flote en el ambiente calmo por el tren del tiempo.

Serán esas nubes como humo que no se deshará hasta la mañana siguiente, en esa hora disolvente del alba que puede con todo.

La quinta estaba sola en un buen trecho de aquel gran paisaje; pero después se veían muchos hotelitos, hotelitos trazados por el lápiz del capricho, hotelitos felices que se hicieron con la ventana ideal en el sitio estratégico de la pared y en la forma que señaló con lápiz el mismo propietario.

Eran hoteles para el verano.

Por eso casi todos estaban cerrados. ¡Cuánta gente construye un hotel y recién construido pierde la felicidad o escoge otro sitio o muere sin que nadie se ocupe en mucho tiempo del hotel cerrado!

¿Qué muebles nostálgicos, qué espejos secos por no tener imágenes en tanto tiempo y qué consolas carcomidas no habrá en el fondo de esos hotelitos?

Se destacaban los torreones, esos torreones inútiles en los que no hay nunca un vigía, hechos en balde para que no subiese nunca nadie, torreones orgullosos a los que sólo subía el dueño de la casa el día de la inauguración.

Miraban sus propios cristales a sitios distintos, con visión de horizontes nuevos y como observando mares de distinta clase y de distinto color.

¡Qué pena los torreones inútiles!

Después, situando el hotel, venía el mar, un mar sin colonias próximas ni pueblecillos caídos en la ribera, un largo trecho de costa en que daba la casualidad que no se había afincado nadie.

Del pueblo próximo y para ver el célebre faro que se levantaba en aquel paraje iban gentes que querían pasar un rato allí y se sentaban a tomar algo en la cantina del antiguo farero, que tenía una bella niña de ojos azules que indudablemente nació en el faro, como sueño de las olas y la noche.

Se producía en aquel paraje una de esas entradas en que el mar vive tranquilo y lame la costa.

En esa entrada alargada y tendida que hace muy pocas veces el mar en otros sitios parece que descansa y añade también a todo el paisaje una emoción más de serenidad manifiesta.

También venía aquí a reponerse, a rehacer las fuerzas deshechas de tan trabajado y rebatido como se siente y está después de tantos siglos de labor.

Su lengua más vieja, su verbo más usado, era la que se hospedaba y se reponía allí.

II

INTERIOR DE LA QUINTA

En el interior de la Quinta de Palmyra todo eso se remansaba más y las humedades del jardín se hacían compota en las compoteras de cristal tallado, de las que es agradable tocar la calidad de piña de cristal que tiene la tapadera.

Los muebles estaban pasando una temporada de primavera eterna, y por eso se les veía plácidos, como dedicados a la lectura y a la conversación.

LA PLUMA

En el centro de los grandes salones había asientos como esos de los Museos, que dan toda una vuelta alrededor del rollo del respaldo. Sobre el pináculo del respaldo se erigía una estatua que unas veces levantaba una palma en lo alto y otras tocaba una lira.

Numerosos veladorcitos con ceniceros, libros y cajitas revestidos de conchas se acercaban a los grupos de asientos en actitud servicial.

Varios relojes ingleses, de gran esfera matemática y con algo de mapa, se alzaban sobre muebles confidentes.

Bustos con la melena Luis XV estaban colocados en las esquinas de las habitaciones, resguardándose en las esquinas, como dejando sitio para el paso y disfrutando una vida disimulada y pacífica.

Por detrás de todas las conversaciones, escondidos en un esquinazo, estaban ellos.

Tenían su orgullo y su altivez de siempre y vivían la vida del palacio bien comida, tranquila, con el aroma de todos los vinos.

Tan opulento era el ambiente del palacio y tan sestero, que siempre serían en él una cosa vaga los cuadros y las cornucopias, algo así como una palmatoria en peregrinación por la galería de las paredes.

Se vivía en el cuajo de las habitaciones, en sus mejores rincones, lejos de su decorado y aceptándolo como un incontable aliciente. En aquel conjunto de cosas, casi sin trecho libre, siempre sería una sorpresa cada cosa y unos días se encontrarían los medallones en cera y pelo de los antepasados, y otro un relicario apenas visto.

Casa llena de caracoles como adorno de todo pie de consola o toda mesa libre. Se acordaba su ruido interno en un rumor incontrastable que se componía entre unos y otros. Estando muy atento se oía otro rumor que no era el del mar lejano, una especie de ruido de oídos de los caracoles.

Unos cuantos mapas mundis y varias esferas armilares había repartidas por la casa y la daban una especie de trascendencia ultramarina y ultraterrestre.

Tenía siempre el aspecto de esos palacios pequeños que se enseñan cuando los reyes no están. Todas las habitaciones estaban como para no recibir a nadie, y, sin embargo, para recibir a alguien. Había numerosos despachos y alcobas para huéspedes de una noche. Todos hallarían además un balcón ideal en cada cuarto.

La quinta lo que estaba era muy entornada. Los párpados de sus persianas estaban entregados a un duerme vela constante.

Velos invisibles cubrían las cosas, las adormecían, las daban carácter de Semana Santa, cuando toda imagen santa se envuelve en un paño morado.

Las vitrinas eran auténticas y tenían cosas que habían tenido el sitio predilecto sobre el pecho de los que murieron. Había joyas en las que no se acababa de creer por lo excesivo que resultaba que fuesen verdaderas. Los brillantes tenían gotosa pesadez de cristal de roca, las pulseras eran como grilletes para la prisionera de la riqueza.

Pero en este interior lo importante es la sombra de los rincones, la sombra de los que se fueron y la sombra de los que no pudieron estar nunca y que son los que hubieran llenado la soledad del palacio, seres excepcionales, animosos, magnánimos, que son los únicos que hubieran conseguido espantar la melancolía, que como las arañas, siempre tejía telas de sombra en las esquinas de las habitaciones de la quinta.

Ninguno de los antepasados había podido reaccionar contra el dulce estrago de la quinta, y casi todos habían acabado viviendo en Lisboa o en París. Sólo el primero de los Talaes, el que compró la propiedad y edificó el palacio con tipo de castillo y de chalet, la habitó hasta el día de su muerte, y sólo ahora, al cabo de los años, la

LA PLUMA

única descendiente, Palmyra Talares, quería a toda costa vivir en el dulce retiro, tomar buena cuenta de todas las cosas en aquel dulce paraje, oír la respiración de las cosas que se pierde en el ruido de la ciudad. Era Palmyra el alma flotante de la quinta, la que la hacía apetecible y conseguía que todas las gentes que pasaban mirasen hacia el fondo de la avenida que paraba a la puerta de la casa.

En el pueblo de al lado, entre los que se hospedaban en los hoteles de alrededor, entre los aldeanos flotantes que tenían sus casas sembradas en el paisaje desigualmente, aquí una y mucho más allá otra, tenía un prestigio grande aquella bella mujer que no se iba, que vivía año tras año en la quinta ideal.

Palmyra era esbelta, blanca, de nariz muy fina, de ojeras de niño de sangre azul, de los niños en su primera leche. Sus ojos eran unos ojos negros con un brillo metálico, brillo un poco dorado, ojos que se podrían llamar mordores.

Su voz tenía la suavidad infantil que la da el portugués.

No es que mezclase en sus palabras eses andaluzas, ni ces con zedilla, sino equis, muchas x x x x intercaladas entre las palabras, dándolas exquisitez y dulzor.

Palmyra era un dechado de dulzura y equis. Todo lo sugería y lo preguntaba al mismo tiempo, todo lo daba vaguedad y dejaba que pudiese ser de otro modo, como el varón quiricoz.

Tenía una manera de envolverse en los grandes chales de lana que daba amor por ella, y después la gustaba salir con los brazos desnudos, los brazos que amarilleaban y se ponían cárdenos de friolencia, y no quejarse nunca. Sólo se abrigaba el pecho con gran cuidado, poniendo una mano sobre el cierre de la toquilla.

Envuelta en sus larguísimas toquillas blancas, resultaba esponjosa, mayor, con unos opulentos senos guardados en el nido más tibio y cándido, el nido blando que mecían.

La cubierta del libro que siempre llevaba en la mano, la caracterizaba. Era una cubierta de lienzo del que usan para las velas de los barcos, y en ella una aguja paciente había bordado debajo de un precioso papagayo verde:

*Papagais da p̄na verde
Naó venhas ao meu jardim
todas as penas se acaban.
Só as minhas nao têm fim.*

¿Pero qué penas eran las suyas? Ningunas. Las saudades del país, el inmenso caserón de la Quinta. Hasta la había dado esa melancolía aquella voz excepcional, pulida, como por haber cantado mucho.

Siempre se la veía detrás de los cristales mirando su paisaje, las palmeras y el mar, como un escarpado, como un ancho patio.

Sobre todo, a las horas de tedio estaba acodada sobre el alféizar de la ventana más bonita y desde la que se le veía recostada sobre el mar, coincidiendo las dos ventanillas como marco del mar luminoso, más luminoso en la galería de marinas que eran las ventanas de los vagones, que la amplia marina que se destacaba por encima y a los lados del trenecito. Aquella emoción del tren sobre el mar, como poniendo las ventanillas en blanco, era de lo más particular de aquella visión del tren sobre la costa, lo que montaba el mar era un aderezo contrastante.

El mar, bajo la mirada instigadora de Palmyra, refrescaba la sed eterna con cerveza salada y fresca, encaperuzada por espuma de nieve.

La eterna fiebre de las encías que siente el mundo en la dentición perpetua, se calmaba con el mar.

Daba el mar al espíritu de Palmyra uno de esos baños de tina que la había dado su madre a ella. Cada ola que se rompía era una medida

LA PLUMA

de agua fresca que la echaban sobre la cabeza, se rompía sobre su espíritu cada ola, con chasquido de agua que se rompe en el agua.

¡Cuántas conchas de agua vertidas sobre el agua!

Pero esos espectáculos más fuertes y constantes que nosotros, son los que añaden vida a la vida.

Las palmeras eran el otro espectáculo que formaba sus horas. ¿Las quería? ¿Las odiaba?

¡Siempre aquellas grandes palmeras serían de otro país, de más lejos!

Siempre, sin embargo, serían la portada de su vida, de su novela, de su muerte.

Eran aquellas palmeras de un color verde como semillas florecidas que trajo la brisa del Atlántico. Eran árboles en los que no anidaba la inquietud humana, árboles desposeídos de sentimentalidad, que sonríen aun los días más duros.

Notaba esa indiferencia de las palmeras, pero eran su alegría en medio de todo. Enjugaban sus preocupaciones con su gran simpleza y ese optimismo fiero, que hacía que su sombra, aun en las noches de luna pareciese como recortada luz del sol en el paraje de las playas.

Palmyra apenas salía de esa contemplación, y veía venir y alejarse los trenes, cuya nube de humo parece que les retiene, que no les deja andar más deprisa, como si esa ráfaga fuese su cola que se enredase.

¡Oh, pero tanto la magnífica soledad de la quinta como la frialdad del mar, la hacían necesitar del amor como única reacción contra aquellas dos grandes influencias.

III

ARMANDO, EL FALSO ARISTÓCRATA

Palmyra, en esa necesidad de entonar el palacio, y viendo que el tiempo pasaba y nadie llegaba lealmente a casarse con ella, creyó que eso se debía a una especial rebeldía de los tiempos ante el matrimonio, y se dejó seducir por ese joven español que está a su lado, Armando Vivar, que se hacía tener por un aristócrata español y vivía en el palacio desde hacía muchos meses, tratado a cuerpo de rey, recibiendo en sus brazos aquella blanca forma de Palmyra como suprema posesión del paisaje.

Armando era un huído de España no se sabe por qué misteriosos asuntos. Tenía media cara joven y la otra mitad vieja, cansada, pachucha, con un ribete de plata en las sienas.

Aceptaba de Palmyra todos los agasajos, pero no partía de él ninguno. Tenía displicencia de hombre que se mira la punta de los zapatos de charol mientras habla.

—¿Y tus posesiones de la India, cómo son?—preguntaba con visible entusiasmo.

—Son pueblos enteros... Me pertenece un río desde su nacimiento a su desembocadura,

—¿Y hay grandes árboles, de esos inmensos?

—Tan enormes que sobre sus ramas principales han edificado los indígenas casa para tres familias...

A Armando le gustaban esas conversaciones novelescas y embobecidas en que el hombre pregunta como un niño ávido.

Palmyra había encontrado en él al apuesto varón que solía colgarla de su brazo en la intimidad pasando la mano por debajo de su axila y depositándola siempre en la esfera apetitosa de su seno.

LA PLUMA

Ella temblaba de pensar que se pudiera ir aquel hombre que llenaba del masculino son de su voz toda la casa y era como el guarda seguro de la quinta.

Ella se adornaba mucho para él, para retenerle.

Se ponía sus pendientes de brillantes viejos, que brillaban a la luz del sol de la tarde, cuando se acercaban a las dulces ventanas con singular encanto.

Ponían en las paredes sus espejuelos refulgentes, estrellitas de luz movibles a cualquier gesto de su cabeza.

Armando miraba esa animación viva que ponían sobre la pared esos espejitos rotos de los pendientes y procuraba pasar la tarde a fuerza de puros. Siempre estaba abierta en la mesa más próxima la caja de puros con su orla de fina puntilla y con un caballero de grandes bigotes, medallas de oro y sortijas; en el reverso de la tapadera un caballero de tipo español enriquecido, pureador como un rey, con placidez de gran tendero en la expresión. Eran esos grandes señores de Partagás, o Bravo, o Gómez, grandes amigotes de su soledad, retratos de parientes bonachones de gran bigote.

La nudosa suavidad del puro habano le quería y le acallaba. La quinta entera estaba llena de humo a la tarde, como si hubiese entrado en las habitaciones el humo de la cocina.

Palmyra tosía al sentir cerca el humo del tabaco, pero se metía en su muralla, buscaba esa manera que tiene el humo de tabaco de cortar la respiración de las mujeres.

Le hablaba muchas veces sin que él escuchase, distraído en especulaciones ingenuas. Era un pecado que no oyese su dulce voz, y los muebles le reconvenían. «¿Por qué no te dedicas a oír su voz? Ya sería una buena ocupación.» Y las cornucopias le dirigían miradas atroces.

El coche de dos caballos les esperaba a las cinco en la puerta.

Era la hora de paseo, esa hora dulce en que se va en los coches como en barcas por los lagos del paisaje portugués.

Armando subía a aquel coche un poco convencido por el paseo. Iban en el coche por la orilla del mar, al margen de los hotelitos, observando los balcones, la lámpara que se entrevé por el balcón entreabierto, los techos de pizarra en forma de escamas que parecen las cabezas encucuruchadas de unos dragones escamados.

Leían, como títulos de poesías sentimentales, «Recordações», «Corbeille de fleurs», «Mon plaisir», «Saudades», «Rosiña», «Bellamar», «El ribazo», «Vasco», «Ermida», «El mirador», «Mascota», «Ribereña» y numerosas fincas con numerosos nombres de mujeres quizá muertas en su mayor parte, alguna con la placa del nombre a medio desprender.

Un padre con su niño detrás de los cristales. Torres almenadas.

Aquellas mujeres no se atrevían a dejar pasar la verja al caballo desconocido por si se hacía el dueño.

No podía haber mejor ladrón de su casa que el que se sentase amistosamente en su gabinete.

Los pasos a nivel con su camino de tragedia. Siempre recordaba aquel coche de carreras atropellado por la máquina.

Esos grupos de hombres después del trabajo que juegan a estar borrachos en la puerta de las tabernas. Parece que por lo menos van a tirar un corcho al coche que pasa.

Los eucaliptus dejaban caer sus cendales de olor, sus desgajados tules de perfumes, sus grises ráfagas.

Armando, en el coche, la apretaba con abrazo de coche, o sea apretándola el costado, incrustándose en su brazo y hasta la cadera, como intentando volver a la mujer a su primitiva injertación en el costillar derecho.

—¿Me quieres como a la mujer que se desea en este encantador

LA PLUMA

paisaje, o quisieras entrar en esas casas que se ven, buscando otras mujeres?

Armando respondía a esas sutilezas de un corazón enamorado que da vueltas ingeniosas a todas las posibilidades:

—No digas tonterías...

Y, sin embargo, se tenía que conmover ante aquel paisaje y aquella mujer.

Los dos caballos, bien amaestrados por los antiguos cocheros de la casa, componían esa quarteta del paso bien pezuñado, que da al camino aire de pista, aire solemne y pretencioso de camino de orgullosos caballos.

Había siempre muchos humos en el paisaje.

Cada humo era un incienso. Eran humos lánguidos de la buena tarde. Ninguno perturbaba el cielo. Todos caían, y aun siendo caudalosos, eran humos del ara.

Por encima de ellos lucía el paisaje límpido, establecido con más asiento que en ningún lado del mundo. Era aquel un rincón inmóvil de felicidad.

«Este será—pensaba Armando, metiéndose más en el coche, replegándose en un rincón—el último refugio de la felicidad; será donde más tarde en apagarse.»

Todas las barquitas a lo lejos eran como flotadores de una gran red, bastas con que la gran red estaba atada al mar.

Sin poder creer que aquellas fuesen barcas, considerando que eran boyas, preguntaba Palmyra:

—¿Son barcas?

—Sí... Son barquitas... Esperan, se ocultan en el mar, se disimulan para pescar más... Sacan el vivo dinero con que vivir los días malos.

—Que nunca les llega para zapatos...

—Nunca, es verdad... Aunque, como ellos dicen: «La planta del pie nunca necesita medias suelas.»

A las seis de la tarde levantaban el vuelo todas las barcas, izando su vela, como cortapapeles de la tarde, igual que si fuese el abrelibros del cielo y del mar.

Sí, tenía la agudeza rasgadora y sesgante de los cortapapeles el cuchillo triangular de la vela. Y abría, quizás, las hojas del atardecido, la lectura poética de la media luz, lo que sólo cuando se enciende la luz artificial se podrá leer, aunque se mate el tiempo esfoliándolo.

Entonces volvían apresuradamente, nadando el camino los caballos con braceo más enérgico.

El cielo tomaba ese color de las sedas irisadas a las que se ha comido el color la luz, y en los que se hace un borde así, una huella insubsanable.

El mar, como espejo de luces extrañas, y con más luz cuando en la habitación de la tierra se apaga, recogía una anacrónica iluminación.

IV

LAS VISITAS

Algo entretenían a Armando las visitas de los habitantes de los pocos hoteles con gente.

Le gustaba encontrar aquella ansiedad de hablar con que les inquietaba la soledad. Entraban en la quinta con una zalamería de gentes que temen que les echen y las exijan el silencio.

Se entablaba un diálogo tímido y que nunca se esplayaba entre los moradores de la quinta y los recién llegados.

Los recién llegados.—Venimos a tener un ratito de conversación... Déjenos ustedes tenerla...

LA PLUMA

Los moradores.—Siéntense; ¿pero de qué vamos a hablar?

Los recién llegados.—De nada... De esas cosas que se cazan al vuelo de lo que sino se hablase la vida sería demasiado importante... Pequeñeces.

Los moradores.—Hágannos ustedes el programa.

Los recién llegados.—No será posible hacerlo nunca, y, sin embargo, surgen las palabras...

Los moradores.—Con que nos digan cualquier cosa de las que pasan por el camino. ¡Pero de ninguna manera alabar nuestros cuadros!

Los recién llegados.—No... Intentaremos hablar de todo antes de ocuparnos de eso...

Los moradores.—También nosotros estamos deseando la conversación trivial.

Los recién llegados.—Pues no perdamos tiempo.

Y después de ese diálogo invisible comenzaban las conversaciones.

Entre los que iban con más constancia figuraban doña Manolita, don Vasco y una inglesa, antigua huéspedada de aquel paraje, que se llamaba Elisabeth, y un español, don Mariano Guisasol, que tuvo gran importancia social en España y se había metido allí para siempre.

Doña Manolita era una viejecita española que apenas tenía para vivir, y que agradecía con locura los tes de Palmyra.

Llegaba sobre las seis y media, hasta los días que llovía mucho y llegaba toda chorreosa y brillante de lluvia.

Dejaba su sombrero en el perchero y entraba bufándose el pelo trayendo sus manos frías para calentarlas urgentemente.

Su sombrero de luto con gran pena colgado del perchero, ponía de luto toda la casa. Por eso no la quería Palmyra. Era visita que la

angustiaba la tarde. Parecía ir a ver la felicidad que allí podía haber para estorbarla.

Pero sobre todo su sombrero en la percha ponía en la casa, la añadía gran pena.

Doña Beatriz, que era el antídoto de doña Manolita y que también estaba de luto, no enlutaba la casa. ¡Encojía, dobladillaba, guardaba tanto su manteleta! ¡Disimulaba tanto lo que había que dejar ocupando un sitio de la casa ajena!

La inglesa doña Elisabeth entraba, con mucho derecho a entrar, y se iba derecha a la butaca, que creía ya que la pertenecía.

No se acababa de saber de qué parte de Inglaterra era, de hacia dónde caía su pueblo.

En su roñosería, en su modo de ser se veía la mujer que ha estado asomada al mostrador de una tienda de especias. Tenía los lentes de la que despacha o toma la cuenta muy por lo menudo a sus colonos.

Un inglés chic se hubiera dado cuenta de qué clase de inglesa era, pero sin perjuicio de creer que era más persona que el resto de la humanidad.

Siempre iba con sombrero de paja, sin tener en cuenta que aun siendo un buen clima el portugués convenía ensamblarse con la moda y dar al invierno lo que es del invierno. Su sombrero de pajilla fina, machucada, de estar rizado siempre en la horquilla del perchero.

A la servidumbre, a la gente del pueblo los trataba con ese aire colonizador que tienen los ingleses.

No encontraba el bien del cambio. Esa alegría picaresca, como de pegársela al país en que su moneda está más alta, que tienen los españoles y que después se hacen perdonar teniendo largueza, los ingleses no la tenían. Estaban acostumbrados quizá a que las libras fue-



LA PLUMA

sen superiores a le moneda de los países que visitaban y adquirirían en seguida la sensibilidad del dinero en el país en que estaban.

La inglesa vivía la vida con un firme deseo de vivir y con un imperio de pantera que, aun vieja, debe a su fiereza el ser.

Don Vasco era un señor plegado en arrugas seguidas, un señor que estuvo en la China y que tenía la casa llena de cosas chinescas.

Recordaba unos días mejores que aquellos con un amarillo más puro.

Pero lo que ocultaba a todo el mundo, lo que le martirizaba, es que tenía allí un hijo más chino que europeo y le daba miedo traerlo, y sin embargo lo necesitaba a su lado.

Sólo le iba a vender su secreto cuando enseñaba con demasiada deleitación una figurilla china.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Se continuará.)





LIENZOS DEL CREPÚSCULO

A R I A

*Verás cuando el Sol se vaya
como te acaricia el mar.
La Luna sobre la playa
vuelve contigo a soñar.*

*La ola besando a la nave
y tú mirando a la nube;
cuando la tarde se acabe,
verás la estrella que sube.*

*Verás la estrella subiendo
por la espuma de la escala
—toda blanca—floreciendo
como los lirios de un ala.*

*La Luna—callada y sola
vuelve contigo a soñar,
y tu alma se irá en la ola
sobre el piano del mar.*

*Una luna de lirio
en un cielo violeta.*

*Ya tu silueta blanca
no ilumina la senda.*

*Pasa el tren como un triste
mendigo hacia la aldea.*

*Los pañuelos del humo
me dicen "adiós" —cerca.*

*La esquila desvelada
llora junto a la era.*

*Esta noche se ha puesto
más triste mi tristeza.*

*Ya tu silueta blanca
se hizo nube de ausencia.*

*Una luna de lirio
por un cielo violeta.*

ERNESTO LÓPEZ-PARRA.





RAMÓN PÉREZ DE AYALA ⁽¹⁾



VÍCTOR Hugo, que no conocía España, aunque creía conocerla, habla en uno de sus poemas de «mes Espagnes», en plural. Quizá lo más exacto que ha dicho sobre nuestro país. Los antiguos reinos cortados en artificiales provincias por los teorizantes de Cádiz, viven todavía, si no en los papeles oficiales, con la vida fecunda de la naturaleza y del espíritu. El genio de España es hoy tan compuesto como siempre, y para comprenderlo hemos de aprender a observar en él la intensidad, la seriedad y la ingenua «gaucherie» del Vasco, el intelectualismo y el talento imitativo del Catalán, el sentido de la elocuencia y de la forma que distingue al Valenciano, la grácil y a veces significativa espontaneidad del Andaluz, la inspiración seca y cálida de Castilla, la fuerza primitiva de Aragón, la dulzura lírica de Galicia, y ese encanto indefinible que hace de Asturias un reino aparte entre los reinos de España.

Asturias, la más pequeña de las Españas, se extiende como una transacción entre la cadena cantábrica y el mar, uniendo los dos irreconciliables opuestos por medio de un ingenioso sistema de valles. Montañas, valles y mar, junto con esa suave y delicada atmósfera de que gozan las comarcas complejas en los climas moderados, son los elementos formativos del carácter asturiano, y así hallamos entre la gente asturia-

(1) Capítulo del libro *Semblanzas literarias españolas*, de [próxima publicación].

LA PLUMA

na una noble actitud, una elevación de miras, que por los ojos, hechos a la montaña, va calando lentamente hasta el alma de los montañeses; una sagacidad, una penetración y una intuición psicológica que la fantasía quisiera atribuir al ejemplo omnipresente e insinuante de sus tortuosos valles; y un espíritu generoso, universal y abierto como el mar, cualidades todas que explican que la nación asturiana se distinga entre las demás de la península por su genio político. Y no paran aquí sus cualidades típicas. Porque la suave atmósfera de su pequeña patria parece reflejarse en su carácter, dándole cierta sutileza, cierto sentido del matiz, una delicadeza de mano y un poder de sugestión que hacen de los asturianos los Españoles más ricos en cualidades de distinción intelectual.

No es excesivo decir que el carácter asturiano es en cierto modo antitético del carácter del resto de España. Mientras España es ante todo creadora y sobresale por su genio, Asturias más bien crítica y su don distintivo es el talento. Asturias es, pues, consciente, y en este sentido, el más hondo, es sin duda el más europeo de los reinos españoles. Cier to que para las más de las gentes, parece ocupar este lugar Cataluña, representante oficial en España de la civilización y del progreso europeos. Para mí, sin embargo, esta opinión se apoya en una observación externa y superficial. El genio de Cataluña es ante todo imitativo y formal y su carácter esencialmente conservador. Cataluña se esfuerza en ser Europa, mientras que Asturias quiere ser Asturias, y esto es mucho más europeo que aquello. Así se explica que los Asturianos hayan estado siempre en la vanguardia del progreso político de la Península. En Asturias halla Carlos III sus estadistas; de Asturias vienen hoy todavía los Españoles más útiles para la labor llamada de europeización. Esta pequeña España en cuyo territorio comenzó la reconquista—reafirmación de Europa frente al Africa y al Asia en las tierras de la Península Ibérica, frontera espiritual de los tres continentes—es todavía el baluarte del espíritu europeo en el más oriental de los países occidentales.

* * *

Don Ramón Pérez de Ayala es sin disputa el escritor más distinguido que la España de hoy debe a Asturias. Aunque joven, no es precisamente un principiante, ya que cuenta en su activo seis volúmenes de novelas (1) y tres de versos, amén de numerosos libros de crítica y ensayos varios. Figura de viso en las letras contemporáneas, crítico agudo, fino poeta, buen novelista, curioso lector de literatura extranjera, el señor Ayala es un asturiano típico por la actitud inteligente e intelectual que distingue sus escritos. Hombre culto, moderno humanista, posee un sentido sintético de la historia y una comprensión serena del mundo y de la vida. Su actitud favorita es la del espectador. A buen seguro que no es indiferente al aspecto ético de la literatura ni frío en sus sentimientos humanos. Pero su fin no es tanto el juzgar, ni el sentir, como el comprender. No se apoya su crítica en preferencia alguna por escuela, cultura, nación, religión o raza. Su espíritu se abre a todos los vientos y es transparente para todas las luces que emanan de la realidad. Buen europeo en su amplia comprensión de los valores intelectuales que en el curso de la historia han ido formando nuestro continente, buen español en su sensibilidad para las voces de Oriente, como para las auras de nueva vida que llegan a Europa a través del Atlántico, no le estorban las férreas trabas del dogma católico que tanto limitaron los movimientos del gran Menéndez y Pelayo; pero se halla aún más libre si cabe de ese deplorable racionalismo que ha hecho estéril en nuestro siglo XIX a tanto excelente intelecto. Halla su gusto raíces en la verdad y en la naturaleza humana, y refinamiento en su familiaridad con los grandes maestros europeos.

Esta crítica, la verdadera, viene a reducirse al cotejo del arte con la vida, y en último término reposa sobre la psicología. Ayala es un psicólogo consumado, escritor nunca tan feliz como cuando, dejándose ir por su pendiente natural, analiza los fondos psicológicos de obras, personas y sucesos. Al estudio de los motivos prefiere la exploración de las oscuras regiones en que se ocultan los manantiales de la emoción. Nu-

(1) Escrito antes de la publicación de las dos últimas novelas de Ayala.

LA PLUMA

merosas son las páginas en que ha anotado con mano maestra los delicados movimientos del alma batida de aquí y de allá en la indefinida zona fronteriza entre la risa y el llanto.

La observación es la base de la psicología, y Pérez de Ayala es buen observador. Hay un tipo de observación, frecuente en los genios creadores, que consiste en una contemplación tranquila, casi pasiva, durante la cual se empapa el alma de impresiones casi inconscientemente y como por absorción. Tal no es el modo como observa Pérez de Ayala, sino más bien por una atención penetrante y aguda que no debe tanto al estímulo directo de la realidad como a la *sensibilidad intelectual* de una mente rica en ideas que a la menor provocación da generosa mies de pensamiento. De aquí el carácter especial de su labor crítica, que no aparece construída con aparato lógico, sino más bien vertida en líquida vena de ideas. No se entienda, sin embargo, que le falta a Ayala vigor dialéctico. Muy por el contrario, debe a su origen asturiano un intelecto de excelente acero, que los Jesuítas, sus maestros, se cuidaron de afilar, bien ajenos de que serían los primeros en padecer bajo su temible filo. Sus ensayos, sus novelas y hasta sus mismos versos dan fe de su afición a la dialéctica. Pero el espíritu dialéctico no es precisamente el más lógico y constructivo, y así Ayala parece preferir la flúida atmósfera del *essay* inglés al plan claro y definido de la *étude* francesa.

Esta fluidez de sus ensayos, que parecen a veces la taquigrafía de sus meditaciones sin rumbo, se debe en parte sin duda a la prisa que hoy en día impone a todos la prensa, sierva de un público acostumbrado a desayunarse con ideas. Muchos, si no todos, los ensayos de Ayala son en realidad artículos de periódico. La misma desigualdad de su estilo crítico, generalmente en tono, a veces expresivo y jugoso, pero también a veces pobre y desaliñador acusa una labor hecha sin la preparación reposada que da unidad a la contextura de las ideas y de las formas. Pero no basta la prisa periodística para explicar este aspecto de la obra crítica de Ayala. Hay también en su aparente desorden una actitud intelectual y un modo de ser. Ayala observa las cosas más que las siente, y las ve más con los ojos del intelecto que con los del alma. Su mirar es, pues,

no sintético y de posesión, sino sucesivo y de descripción, y maneja los objetos reales con movimientos varios, como para buscar todos los efectos y todas las luces. Es, además, hombre culto, a quien gusta repensar lo pensado por otros, y escritor de y para un pueblo que ha perdido la tradición universitaria y en cuya literatura se mezclan, por lo tanto, las ideas nuevas y originales con las nociones básicas establecidas en otros pueblos como lugares comunes de la cultura. De todas estas causas resulta la abigarrada calidad de la labor crítica de Ayala.

* * *

La expresión más clara del credo y de la filosofía de Ayala está quizá en su poesía. Hasta ahora esta poesía se halla representada por tres volúmenes—dos de los cuales aparecen fundidos en uno solo—con nombres que sugieren cierta secuencia: *La paz del sendero*, *El sendero innumerable*, *El sendero andante*. Esta uniformidad de los títulos no corresponde, sin embargo, a continuidad alguna en el asunto patente de las poesías, pero la constancia de la palabra *sendero* indica la idea del avance individual por el camino de la experiencia, idea que es el verdadero asunto interno de todos ellos. El primer volumen, *La paz del sendero*, publicado en 1903, con prólogo de Rubén Darío, revela, a pesar de su aparente sencillez aldeana, al lector asiduo de poesía nacional y extranjera. El poema inicial que da su título al libro, es una excelente adaptación a usos modernos de la añeja cuaderna vía. Observemos de pasada esta reminiscencia meramente formal del Arcipreste de Hita, antepasado literario de Ayala en más de un concepto. Mas, al lado de este renacimiento de la vena nacional, los primeros versos de Ayala acusan la fuerte influencia que sobre nuestro poeta ejerció Francis James. Esta influencia que se manifiesta en la actitud de Ayala para con la naturaleza, y sobre todo, para con los animales, le lleva a una imitación que llega muy cerca de la copia, como se ve en el trozo siguiente, que es curioso cotejar con el original en que evidentemente se inspiró:

LA PLUMA

Aquí en mi casa de campo
tengo una vieja butaca
de gutapercha; y es tan
humilde la pobre anciana,
que cuando algún visitante
viene a verme, no repara
en ella y me dice: —Siempre
tan solo, señor Ayala.
¿No se aburre sin salir?
Y yo pienso cuando marcha
que las gentes son muy frívolas,
muy soberbias y muy vanas
porque no miran siquiera
a esta valetudinaria.

Il y a une armoire à peine luisante
Qui a entendu les voix de mes grand'
[tantes
Qui a entendu la voix de mon grand-père,
Qui a entendu la voix de mon père.
A ce souvenirs l'armoire est fidèle
On a tort de croire qu'elle ne sait que se
[taire,
Car je cause avec elle.

.....
Il est venu chez moi bien des hommes et
[des femmes
Qui n'ont pas crû à ces petites âmes.
Et je souris que l'on me pense seul vivant
Quand un visiteur me dit en entrant:
—Comment allez-vous, Monsieur Jammes?

Esta imitación tan directa de Francis Jammes revela más de un rasgo típico de la poesía de Pérez de Ayala. Hay en ella, como en el carácter asturiano, cierta gracia original y extraña, cierta ingenuidad, cualidades que también se observan en Francis Jammes y explican que esta poesía alcanzara en su tiempo en Francia un *succès de nouveauté*. Llevado por una afinidad instintiva entre su propio modo de ser y lo que en el poeta francés es quizá tan sólo una *manera* mental, Pérez de Ayala no supo evitar en alguno de los poemas de este su primer libro el escollo en que tropezó Francis Jammes—cierta afectación que constituye el flaco de una poesía no exenta de peculiar encanto—. Mas si bien como imitador de Francis Jammes, Pérez de Ayala era desde luego inferior a su modelo, el joven poeta asturiano revelaba ya en estas primicias de su labor la cualidad que había de ser su salvación—una seriedad que se manifestaba de dos modos diferentes: dominado el uno por una preocupación filosófica, casi religiosa, por la idea del Destino; otro, inspirado en un certero instinto estético hacia la verdad de fondo y la sobriedad de expresión. De aquí, pese a cierta *gaucherie* no exenta de atractivo, una obra llena de belleza, en la que se observan ya las cualidades típicas del

estilo de Pérez de Ayala: su rico vocabulario, su sentido del valor y de la música de las palabras; su propiedad verbal, la claridad de su golpe de vista y la nitidez de su expresión. Estas cualidades se manifiestan en su máxima virtud cuando Pérez de Ayala describe esos fugaces movimientos de la naturaleza que son materia tan tentadora para el artista:

...el cielo que en dedos de diamante
hila sutiles hilos de lluvia en sus mil ruelas...

Sobre el lago del cielo arrojaron la luna
Y su claror plateado difundiendo va una
Melodía de halos, que son como aureolas
Crecientes, en un ritmo ondulante de olas.

Buen comienzo para un poeta. Y mejor todavía la fuerza que sabe elevarse a la bella sencillez de estos dos versos:

Divino peregrino,
Mi pensamiento sigue ese blanco camino.

«Mi pensamiento». Obsérvese la palabra. La poesía—dice Wordsworth—es un derrame de emoción con una subcorriente de pensamiento. En Ayala es más bien un derrame de pensamiento con una subcorriente de emoción. Y aunque en su primera obra se da una juvenil generosidad que el poeta ya maduro habrá de refrenar, ya se echan de ver en estos versos las virtudes y los vicios inherentes a este género de poesía inversa. A su seriedad innata debe Ayala su limpieza de toda retórica. Llega a las letras cuando los poetas españoles, huyendo de la retórica puramente verbal de sus predecesores, parecen querer refugiarse en una retórica de pasión; y sus veladas emociones y penetrantes ideas, cubiertas de una vestimenta verbal ajustada, que decora una gracia sobria, casi severa, aportan a la poesía española aquel tipo de progreso que era de esperar precisamente del genio equilibrado de Asturias. El lado flaco de esta poesía parece ser una tendencia a enfriarse hacia lo meramente crítico. La verdadera poesía es emoción lastrada con pensamiento, pero

LA PLUMA

demasiado pensamiento o insuficiente emoción pueden impedirle alzar el vuelo. En Ayala, el crítico puede a veces más que el poeta, y entonces su poesía cae en lo didáctico, lo anecdótico y aun lo meramente jocoso. Esto, más en su obra madura que en la temprana.

Lo cual no quiere decir que el tiempo haya mermado sus dotes de poeta. Lejos de ello, *El sendero innumerable*, que sigue a *La paz del sendero* con un intervalo de doce años, es rico en poesía excelente y contiene quizá dos o tres páginas de la mejor poesía contemporánea española. Nada tan satisfactoriamente completo, a la vez tan hondamente poético y tan hondamente filosófico, como las páginas en que Ayala interpreta las mil almas y el alma única del mar. No hay quizá en la poesía española de hoy nada tan serio y tan bello, tan amplio y tan minuciosamente exacto. En este poema encuentra Ayala su verdadera personalidad como *el poeta de la emoción intelectual*. El mar uno y vario parece inspirar con especial felicidad este humor poético, el más elevado de Ayala, pues también es marino el mejor poema de su tercer volumen, *El sendero andante*. Sólo que aquí, en *El niño en la playa*, el poeta se revela todavía más plenamente, porque, junto con esa riqueza de significación filosófica, que le hace mirar a la naturaleza con ojos llenos de la vibración del espíritu humano, junto con su don de interpretación rítmica de los movimientos naturales, y su fina sensibilidad para los colores, aromas y gustos, hallamos también ahora la generosa emoción de su juventud, sofrenada, pero llena del calor vital que le da el más hondo de los afectos españoles, el amor paternal; y aquella ternura asturiana, que ya se atreve a ser ingenua, y sin afectación se recrea en los humildes animales; y su habilidad para el uso de formas arcaicas españolas; y hasta su preocupación ética, que le lleva a armar su poema con una punta didáctica, pero con mano tan grácil y ligera que el valor poético del conjunto, en vez de caer, crece en intensidad al ganar en intención.

«The struggle to apprehend the supernal Loveliness—this struggle on the part of souls fittingly constituted—has given to the world all *taht* which it (the world) has been enabled at once to understand and

to *feel* as poetic.» (1) Esta cita de Edgar Poe, que figura en inglés en cabeza de *La paz del sendero*, es una significativa declaración de principio a la que nuestro poeta ha permanecido leal con singular consecuencia. Las palabras de Poe explican que Ayala sea ante todo un poeta de emoción intelectual, es decir, un poeta que aspira a ahondar su percepción de la naturaleza, cuya existencia independiente respeta, absteniéndose por tanto de colorearla con sus propios estados de ánimo y confiando en que la emoción nazca de la armonía innata entre el mundo y el hombre. Tal poeta es Shelley. Sólo que Shelley manifestaba su comprensión poética de la naturaleza animando las cosas naturales, dándoles movimiento, carácter y expresión propia. Y es que Shelley era un platónico, mientras que Ayala, español, pertenece a una raza que tiende a considerar al hombre como el centro de las cosas. Su comprensión poética de la naturaleza consiste, pues, en descubrir lo humano de las cosas, no, entiéndase bien, los efímeros humores y sentimientos de los hombres, sino lo permanente y universalmente humano que es el Hombre. Lo cual le lleva a la identificación del hombre y de la naturaleza como dos formas diferentes de una misma vida. «Todo es uno y lo mismo»: tal es la conclusión natural de su actitud de espíritu y la lección que se desprende del último poema, *Filosofía*, de su último libro de versos. En este poema, la idea aparece desarrollada con la excelencia técnica, la fineza y la elegancia rítmica que tan fácilmente alcanza nuestro poeta bajo la influencia de su inspiración intelectual.

Siempre que se ha visto libre de la vegetación de doctrinas dogmáticas —religiosas o filosóficas— que con frecuencia cubren su forma verdadera, la mente española ha ido a parar a esta actitud, quizá en último término panteísta, pero desde luego *panhumana*. He aquí el secreto de la imparcialidad estética que distingue a los clásicos españoles, desde el autor de *Myo Cid* y el Arcipreste hasta Pérez Galdós. En Ayala, este

(1) El esfuerzo para asir la suprema Belleza—este esfuerzo por parte de almas aptamente constituídas—ha dado al mundo todo lo que el mundo ha sido capaz de comprender y de sentir a la vez como poético.

LA PLUMA

sentido de *cohumanidad* es tan genuino, que sin esfuerzo alguno le permite alcanzar el tono clásico con sólo su espontaneidad, guiada por un instinto literario casi infalible. De aquí un estilo que, al menos en sus últimas obras, es quizá de lo más puro, más elegante, y sin embargo, más suelto y sencillo que se ha escrito en nuestra generación.

Es rasgo constante de los clásicos españoles que el representar de preferencia al hombre como individuo les lleve a tratar situaciones convencionales, sino esencialmente, antisociales. Aventureros, pícaros, prostitutas, que otras literaturas consideran como material meramente pintoresco, son, por la razón apuntada, más humana y más honda, asunto favorito de las letras y artes españolas. Ayala no es excepción a esta regla. En sus libros, la gente de poca pro ocupa lugar no despreciable, como sin duda lo debe ocupar en la mente del Creador que no se cansa de darnos siempre nuevos ejemplares de ella. Ya en las primeras novelas ayalinas maneja nuestro autor este difícil material, sino siempre con gusto seguro, al menos con frecuente singular fortuna. Valga como ejemplo el capítulo aquel de *Troteras y Danzaderas*, en el que un artista joven y culto lee *Otelo* a una chiquilla analfabeta, cuya única educación es la de la calle, recreándose en las espontáneas reacciones de la niña, a medida que la tragedia se va revelando ante sus ojos ingenuos.

Estas cuatro primeras novelas, *Tinieblas en las Cumbres*, *A. M. D. G.*, *La Pata de la Roposa* y *Troteras y Danzaderas* (título que nos vuelve a recordar a Juan Ruiz), son meros peldaños, por los que nuestro novelista va elevándose a su nivel natural. La materia prima de su experiencia aparece en ellas todavía insuficientemente trabajada por el arte. Pero ya se echa de ver, al pasar de la primera a la última, un progreso gradual que prueba la continuidad y la consecuencia del desarrollo de Ayala.

Sin embargo, para llegar a su revelación plena como artista-novelista, habrá que esperar hasta sus *Novelas Poemáticas*. He aquí al fin un espíritu moderno, consciente de sus vínculos con un pasado racial que se manifiesta en una continuidad de tradiciones de forma y fondo, con un poder de observación enriquecido por su familiaridad con los eternos problemas humanos y con un poder de expresión que se afina y sutaliza

al influjo de una mente poética experta en el manejo de los símbolos. Estas tres narraciones son obras maestras de observación, de originalidad creadora y técnica, de hondo sentimiento poético y de sonriente humorismo—pese a su despiadado realismo a la española—. *Prometeo* sobre todo, la primera del libro, está escrita en un nivel de suave ironía tan delicadamente definido que su tristísimo desenlace no basta para descomponer el peculiar encanto del conjunto. Por su composición, amplia y libre, con su admirable adaptación del lenguaje mitológico a la vida de la España actual, y por su fondo, tan profundamente humano, a pesar de su armazón estrictamente lógica e intelectual, este cuento constituye un verdadero apólogo, un *enxiemplo* a la manera de Don Juan Manuel, mas el mérito de su singular belleza.

Las *Novelas Poemáticas* presentan numerosos modelos de esa perfecta adaptación de la forma a la sustancia, que es lo que hace el verdadero estilo—el de los grandes autores, no el de los meros *estilistas*—. Tal es, por ejemplo, la página inicial de *Prometeo*. Hay en este libro trozos escritos con tan fino sentido del lenguaje que suenan al oído mental como un eco de la voz de Cervantes. No se alcanza este nivel elevando el tono de voz hasta el diapasón clásico, cambiando el cuello planchado por la gola cervantina; sino con sencillez y llaneza y una actitud sinceramente humana, cualidades que hacen que las líneas siguientes suenen como una reminiscencia de palabras inmortales:

Odysseus deseaba partirse, y no sabía cómo, que Federica no le retuviese con llantos, clamores y escándalo. Por olvidarse de su congoja, y con achaque de que gustaba mucho de la natación, Odysseus se pasaba casi todo el día en el mar. Nadaba como un tritón. Ibase mar adentro y se estaba cuatro o cinco horas nadando sin cesar. Y cuando no estaba en el baño procuraba acogerse a la esquividad de un bosque, en donde suspiraba largamente por su libertad perdida. Hasta que se determinó en su ánimo a escapar. Y fué de esta suerte...

Ya en plena posesión de su estilo, Ayala podrá lanzarse a escribir una novela de madurez. Tal es su *Belarmino y Apolonio*. Cabe en cierto modo considerar este libro como una ilustración dialéctica del tema tra-

LA PLUMA

tado en el poema *Filosofía* de su *Sendero Andante*. Belarmino, el zapatero filósofo en busca de una palabra que exprese todas las ideas, y Apolonio, el zapatero poeta dramático, en busca de gloria y actitudes bellas, vienen a representar dos principios opuestos, dos tipos: uno, deseoso de comprender; otro, de expresarse; uno, sensible, pero sereno; otro, curioso, pero insensible. Pero Apolonio y Belarmino no son meros tipos teóricos, sino que viven con vida tan individual, con carácter tan original y acusado, que, aunque la novela, en lo que les concierne, no se distinga por su riqueza de acción, abunda en ella hasta desbordarse el interés humano de modo que el lector cierra el libro con sentimiento, como se deja a un amigo. Sobre el laxo cañamazo de una rivalidad artística entre los dos zapateros, borda Ayala un cuento de amor. Este cuento de un seminarista, hijo de Apolonio, que se fuga con la sobrina e hija adoptiva de Belarmino, la abandona obligado por una protectora bondadosa y tiránica, y, ya sacerdote, la vuelve a encontrar y la salva del abismo de degradación en que había caído, este cuento presentaba en verdad excelentes condiciones para un deplorable folletín. Que Ayala haya sorteado todos los escollos que tuvo que bordear al contarlos, con ser meritorio, no es extraño. No era de esperar menos de un gusto ya hecho. Pero ha conseguido más. Ha desarrollado su narración con mano tan segura y, sin embargo, tan ligera, con tan delicada mezcla de humorismo, serenidad y emoción, que lo que parecía material mal escogido se nos aparece ahora como la base misma de su triunfo de artista, nunca más hábil que en lo que sabe omitir.

En esta fruta madura de su ingenio, Ayala revela sus principales características como artista creador, combinadas y aliadas para mutuo enriquecimiento. Aquella su tendencia a mirar al objeto bajo varias luces, a la que en su labor crítica atribuimos su vacilante composición, se traduce aquí en un sistema de composición original que presenta el asunto, ya en acción presente, ya en relato del pasado, visto ya por un protagonista, ya por otro, ya por el autor, ya directamente por el lector—perspectivas todas perfectamente armonizadas—. Aquel su fluir de ideas que observamos en todas sus manifestaciones literarias, aparece aquí

tan abundante como siempre—quizá por demás abundante—pero ordenado y canalizado y admirablemente distribuído entre los actores de la novela según sus peculiares caracteres. La modalidad poética que le distingue se manifiesta en el espíritu de que toda la obra está penetrada y que parece intensificar la simpatía humana con la que están tratados todos los personajes, mezcla de afecto, humorismo y profundo sentido de lo cómico que es tan española. Porque el afecto en Ayala sabe sonreír. A esta su manera poética debe también nuestro autor su facultad para poner de relieve con toda delicadeza, pero con todo vigor, el elemento sensual de hombre y naturaleza, hilo favorito de su discurso, finamente hilado y entretejido con nitidez y pulcritud clásicas en toda su obra, y que se revela en su uso frecuente del adjetivo *venusto*. Las distintas calidades y cantidades de sensualismo que atribuye a sus personajes son indicio significativo de la atención que Ayala consagra a este aspecto de la naturaleza. Recuérdense los admirables tipos de monsieur Colignon, el pastelero francés henchido de *joie de vivre*, y de Felicitá Quemada, la solterona que consume una pasión reprimida. Obsérvese el contraste entre la inflamabilidad de Apolonio, el zapatero dramático, y la total carencia de sensualidad del zapatero filósofo, Belarmino.

Este rasgo del arte de Ayala influye no poco en el encanto peculiar de sus paisajes. Todos sabemos que *un paisaje es un estado de ánimo*, pero no todos sabemos aplicar este dicho. Ayala consigue muchas veces darnos la sensación de estar ante un *momento de la naturaleza*, y su éxito se debe, no pocas, al atrevimiento con que trata a la naturaleza, y «osa levantar la más íntima vestimenta, la que todo lo oculta» (1).

Era la sazón otoñal, de color de miel y niebla aterciopelada y argentina, a manera de vello, con que la tierra estaba como un melocotón maduro. Por encima de las tapias del huerto conventual asomaban los negros y rígidos cipreses, que eran como el prólogo del arrobó místico, el dechado de la voluntad eréctil y aspiración al trance; y los sauces anémicos y adolecientes—en la re-

dare lift

(1) The closest, all-concealing tunic. (Shelley).

LA PLUMA

gión los llaman desmayos—, que eran la fatiga y rendimiento, epílogo dulce del místico espasmo; y los pomares sinuosos y musculosos, las ramas, de agarrados dedos, mostrando rojas y pequeñas manzanas, que no sugerían la imagen del pecado, sino a lo más de un pecadillo. Para los ojos todo era paz en el huerto conventual; para el oído la querrellosa algarabía de los gorriones vespertinos.

Ejemplos como este de aguda penetración son frecuentes en sus últimas obras. Estas obras revelan una personalidad serena al parecer, pero hondamente sensible a las íntimas corrientes de simpatía que ligan al hombre con el mundo. «El filósofo—dice en *Belarmino y Apolonio* el famélico estudiante Aligator—se halla constituido a la inversa del dramaturgo. Por fuera, serenidad, impassibilidad; en lo más secreto, ardor inextinguible.» Aligator habla pensando en Belarmino. No dejarían de convenir sus palabras al propio Ayala.

SALVADOR DE MADARIAGA.





OLIMPIA DE TOLEDO

DRAMA EN TRES ACTOS

Personajes

Olimpia de Toledo, bailarina.—Paca, doncella.—La Mogigona, gitana.—Doña Lorenza, madre de Julio.—Augusto, poeta.—Don Esteban.—Julio, pintor.—Paquiro, torero.—El Empresario.—Periodista.—Vicente.—Un Botones.

La escena en Madrid.—Época actual.

PRIMER ACTO

Cuarto de Olimpia en un teatro de variedades. A la derecha, puerta de entrada; a la izquierda, tocador con espejo. En el fondo, un biombo. En las paredes, carteles, fotografías, caricaturas, ropas colgadas de perchas. Divanes y grandes baúles. Las luces encendidas.

ESCENA PRIMERA

PACA (después la MOGIGONA)

PACA (*Arregla el tocador, suelga algún traje de la percha*)

MOGIGONA

¿Se pué pasar, si se pué pasar?

PACA

¡La bruja esa!

LA PLUMA

Con tu permiso.

MOGIGONA

Pues, pasa usted sin él.

PACA

MOGIGONA

Pues ahí verasté, que es que me interesa, y que me gustaría que usted me sacara de las dudas que tengo, porque estarasté enterada, y me gustaría que usted me hiciera el favor de contestar a media palabrita, que es poco pedir a una chavalilla tan requetepreciosa como usted.

PACA

Pues diga lo que sea, y veremos.

MOGIGONA

Pues lo voy a decir, y en diciéndolo, pues me va usted a contestar; porque no es por mí por lo que yo pregunto, si no es por una persona, que es para mí más que yo misma.

PACA

Bueno, bueno, dígalo ya, y no se ande con tanto requilorio, que tengo que arreglar esto, porque va a venir en seguida mi señorita.

MOGIGONA

Pues lo voy a decir, y el caso es que no sé cómo empezar; porque esa persona es mi niña, y aunque esté feo que una madre... ¿Usted me comprende?...

PACA

No comprendo una palabra.

MOGIGONA

Pues es, que lo voy a decir, y es esto. Si usted puede y quiere decir si la señora Olimpia de Toledo tiene o no tiene mucho que ver con el señor Paquiro.

PACA

¡Ah, vamos!...

MOGIGONA

Pues ahí voy; porque por acá esto es una piojera de chismes, y que si el señor Paquiro está chalaíto perdío por la señora Olimpia, que si no es así, que si fué, que si vino, que si ha regalao o ha dejado de regalar; y como esto interesa a mi niña, que está la probe que se la puede ahogar con un cabello; porque el señor Paquiro no hace ni ocho días me daba la coba, y no había en el mundo para él nada como mi niña; y ¡señora Mogigona, que su niña es una perla! y ¡señora Mogigona, que su niña es la rosa de Andalucía! ¡y usted el rosal que la ha produ-sío! Y enarbolarme a la chica como me la ha enarbolao para que aluego, en cuanto ha llegao la señora Olimpia a bailar aquí nos deje plantás, y que ya no se acuerde pa ná de nosotras, y que se olvide de sus prome-sas, y que mi niña ya no sea la rosa de Andalucía...

PACA

Ni usted el rosal que la ha produ-sío...

MOGIGONA

Eso que usted dice, aunque lo diga con retintín.

PACA

Bueno, ¿y qué?

MOGIGONA

Pues que me dijera usted si el señor Paquiro es algo de la señora Olimpia, y si usted cree...

PACA

Pues no sé nada, y aunque lo supiera no tendría porqué decirlo; porque a mí mi señorita no me paga para que vaya contando sus cosas; es más, al contrario, si me pagan es para que me calle lo que sé. Con que ya lo sabe usted, señora Mogigona, si tiene usted gana de que le con-
testen debe usted llamar a otra puerta.

MOGIGONA

Pero, vamos a ver, ¿he faltado en argo?

LA PLUMA

PACA

¿Faltar? No. En todo caso, sobrar.

MOGIGONA

¡Pues, hija!

PACA

Nada, nada, que tengo que hacer.

MOGIGONA

¡Qué arisca que es usted!

PACA

Soy como me da la gana.

MOGIGONA

¡Vaya con Dios! ¡Vaya con Dios! (*Vase.*)

PACA

¡Vaya con el demonio!... ¡La condenada gitanaza esa!... (*Pausa.*)

ESCENA SEGUNDA

PACA y DON ESTEBAN

PACA

Pase usted, don Esteban; pase usted. La señorita no está; pero no tardará en venir.

ESTEBAN

Entonces hoy ¿soy el primero? Paquilla...

PACA

No, don Esteban; el primero, no; porque antes se presentó don Augusto y salió con la señorita a comprar unos pendientes que ha visto el señorito Augusto en una tienda de antigüedades.

ESTEBAN

¿No será Augusto quien se los regale?

PACA

¡Cá! ¡Qué va a regalárselos! El poeta ese no tiene mosca suficiente para comprar las cosas que le gustan a la señorita. Aquí nos gusta lo caro, don Esteban, ¡Lo caro! Porque lo caro es lo bueno.

ESTEBAN

¡Caramba! Si lo sé compro antes los pendientes para hacerla rabiarse un poco, y luego, claro, se los doy. ¿No tenía Olimpia que pasar la música de ese nuevo baile que están preparando?

PACA

Sí; ha hecho que la orquesta repase la música, y ha dicho que está bien, porque ella no necesita ensayos.

ESTEBAN

¡Olimpia no necesita ensayos! Es verdad. Baila de inspiración; inventa sus danzas en el momento de levantarse la tela.

PACA

También ha venido el señorito Julio. Ese sí que está chalao perdido por la señorita.

ESTEBAN

Sí; ese muchacho anda loco por ella. Entre el poeta Augusto y Julio el pintor están llenando de Olimpias en verso y de Olimpias en color, todos los periódicos y revistas de España. ¡Soneto a los ojos de Olimpia! ¡Madrigal a la boca de Olimpia! ¡Fantasía, en verde lechuga, de las danzas de Olimpia! ¡Scherzo, en blanco mayor, a la «Muerte del cisne», de Olimpia! Yo no sé cómo los editores aceptan tantas Olimpias. Si me entendieras el chiste te diría que hemos vuelto a la era de las Olimpiadas...

PACA

A la señorita la gusta verse por todas partes: en carteles, en las portadas de los periódicos. Es un gran reclamo que da mucho postín y ayuda a las contratas.

LA PLUMA

ESTEBAN
Dentro de poco vamos a ver la figura de Olimpia anunciando un callicida o un agua purgante. ¡Qué tabarra!

PACA
¡Vamos, don Esteban! Cada cual usa de las armas que tiene. Usted tira de cartera...

ESTEBAN
No vayas a creer que yo todo lo fío a los pápiros...

PACA
No... si ya se ve que usted como persona tiene lo suyo. Es usted simpático, barbián...; pero ahí tiene al Paquiro...

ESTEBAN
¿El Paquiro? El Paquiro es un chulón. Un gran torero, pero muy chulo, aunque él no quiera.

PACA
Pero a nosotras nos ha gustado siempre un poquito la chulería.

ESTEBAN
A ti sí, que no puedes vivir de chulapona. ¿Pero a Olimpia? ¡Ha viajado mucho!...

PACA
Pero ha nacido en la calle de Toledo, don Esteban. En la calle de Toledo, entre la plaza de la Cebá y la Fuenteciya. ¡Que no se le olvide el encarguito!

ESTEBAN
Lo que Olimpia tenía de gata madrileña, lo ha perdido en el Extranjero.

PACA
Pero como la cabra tira al monte, don Esteban; aunque la pongan en el cartel Olimpia de Toledo, se llama Engracia Rodríguez.

ESTEBAN

¿Pues sabes lo que te digo? Que no es el Paquiro el que me quita el sueño.

PACA

¿Pues quién, el pinta-monas?

ESTEBAN

Ese, ese es un muchacho de cuidado. Hay que ver cómo poco a poco va poniéndose sombrío, a medida que Olimpia exagera sus coqueterías con los demás. Hay que ver cómo palidece, cómo se pone rojo de repente. Se le humedecen los ojos con lágrimas, que deben de quemar debajo de los párpados...

ESCENA TERCERA

DICHOS y PAQUIRO

PAQUIRO (*Queriendo tocar la cara a Paca*)

¡Buenas, don Esteban! ¡Hola, barbi! Déjame, mujer, enterarme de cómo está esa carucha de suave.

PACA

Quite usted, ¡so sobón!

ESTEBAN

¿Qué hay? ¿Cómo va?

PAQUIRO

Así, así. Hemos ido ayer a San Fernando a ver los morlacos de la corrida del domingo, el empresario, Manolo, el señor Rafael y yo. Me he enfriado... Y como está uno hecho una criba, empiezan a decir aquí estoy el puntazo de Sevilla y el palo de Algeciras...

ESTEBAN

¡Bah, aprensión!

PAQUIRO

¿Y esa niña, no está?



LA PLUMA

PACA

No. Pero no tardará en venir, matador.

PAQUIRO

¡Tú sí que estás matadora! Oye, nena. ¿Quieres que se forme una cuadrilla de señoritas, y vas tú, y te pones el vestido de torear, y quitas los moños a muchos torerazos?

PACA

Me asustan los cuernos.

¡Qué te van a asustar! Mira, ¿tú ves a don Esteban? Pues suponte tú que es un novillo.

ESTEBAN

¡Vamos tú, so maleta!

PACA

Es mucho suponer. Eso de torear, para la señorita.

PAQUIRO

La verdad, Olimpia es muy brava. ¿Se acuerda usted en el tentadero de San Agustín? Si no la sujeto le planta una verónica al cabestro de punta.

ESTEBAN

Si no es por ti, da Olimpia una voltereta más alta que las que da en el escenario.

PACA

Pues todavía dice que le estropeó usted la suerte.

PAQUIRO

Así somos todos los que vivimos del público. Me acuerdo que el señor Rafael, en mi alternativa, me deslució un quite metiendo su capote. De buena fe, sí, creía que el morucho me enganchaba. Pues estuve incomodado con él toda la tarde.

PACA

¡Pues estaba eso muy feo!

PAQUIRO

Lo reconozco ahora. Y di, Paquilla, ¿te gustaría a ti bailar, cantar o hacer alguna habilidad en el tablao?

PACA

¿A mí? No. ¡Anda! Pues si la señorita supiera que a mí me gustaba bailar así, en un escenario, como ella, me despedía a escape. A mí no me gusta eso.

PAQUIRO

¿Y los toros te gustan? Ver torear.

PACA

Según, según.

PAQUIRO

¿Según? ¿Qué quieres decir con eso?

PACA

Según quien toree.

PAQUIRO

¿Verme torear a mí?

PACA

A usted, no. Por que vamos, es usted conocido y...

ESTEBAN

Pero bueno... ¿Os vais a hacer el amor delante de mí?

PACA

¡Já, já! Delante de usted todavía se puede, ¡pero lo que es delante de la señorita, ni por pienso! Señor Paquiro, como me chicolee usted, me despide.

LA PLUMA

PAQUIRO

Es que todo lo quiere para ella.

ESTEBAN

Ahí se le siente.

PACA

Está en el escenario. (*Vase.*)

ESCENA CUARTA

DON ESTEBAN, PAQUIRO y AUGUSTO

AUGUSTO

Buenas noches.

ESTEBAN

¡Hola, poeta!... ¿Qué, está usted de acompañante?

AUGUSTO

¿Qué hay, Paquiro?... Sí... ahí viene Olimpia, con un perro que ha comprado a un golfo en la Puerta del Sol. Salimos a comprar unos pendientes y compramos un perro. ¡Es admirable!

PAQUIRO

¿Para qué lo querrá?

AUGUSTO (*Se tumba en un diván y enciende un cigarro.*)

No lo sé. Dice Olimpia que es un perro de raza. Para mí, es uno de esos chuchos, vulgar, de lanas...

ESCENA QUINTA

DICHOS y OLIMPIA

OLIMPIA (*Un látigo en la mano*)

¿Un lanas? ¿Eh? ¡Tú sí que eres un lanas! (*Tirando el sombrero, el manguito, el abrigo y un bolsitlo sobre un diván.*) ¡Es una lata esto de salir a la calle! Está todo lleno de golfos y de sablistas. ¡Olimpia! ¡Seño-

rita Olimpia! ¡Reina Olimpia! ¡Qué cobarde! ¡Pero me conocen! ¿Eh? Vaya. me conocen hasta los de la Policía, todo el mundo. ¿Qué te parece, Paquiro? ¿Te conocerán a ti tanto como a mí? ¿Cuándo matas, torerazo?

PAQUIRO

La semana que viene, el domingo.

OLIMPIA

Don Esteban, nos llevarás a la plaza en tu auto, ¿eh? Veremos quién puede más; tú o yo, Paquiro. Tengo un trajecito para ese día, ¡quéquita el sentido, chico! ¡Esteban! ¡Don Estebanillo! ¡Qué pisto te vas a dar en el palco, a mi lado, cuando el Paquiro nos deje su capote de paseo! ¡Pero, ven acá tú, vamos a ver. ¿Qué méritos tienes tú para figurar así con nosotros? Di... ¿De qué te las das tú?

ESTEBAN

La verdad, chica, que me pones en un brete. Vosotros sois unas celebridades...

OLIMPIA

¡Pero eres muy salao! ¡Esteban de mi alma! ¡Muy salao y muy simpático y tienes tu mérito!

PAQUIRO

¡Poquito mérito, el ser dueño de toda esa tierra de Extremadura y de todas esas casas de Madrid! ¡Ni nada de mérito que tiene eso!

OLIMPIA

¡Vaya una cosa!... Ese Paquiro ya te está dando jabón porque eres rico... No. No tienes ningún mérito, Esteban... ¿Has ganado tú ese dinero?

ESTEBAN (*Riendo*)

Yo, no...; mis abuelos... qué se yo, mis antepasados...

LA PLUMA

OLIMPIA

Entonces has tenido la suerte de que tus papás nacieran antes que tú... y te dejaran los cuartos... Di, ¿de qué presumes?

ESTEBAN

¿Yo? De nada.

OLIMPIA

¡Qué modestito! Si yo te entiendo. Ya sé lo que tú quieres. ¿Que hay por ahí un automóvil, el mejor de todos? Pues para ti. ¿Que un tronco de caballos? Para ti, ¿Que una joya? Para ti. Todo para ti. Te lo cuelgas en ti mismo, como yo cuelgo estos amuletos en mi cadena. ¡Ah, bribón! ¿Que hay una chica hermosa que canta, baila, o da volteretas en el circo? ¿También para ti? ¿Como si fuera un dije? ¡Estás tú bueno! ¿Pero ves, Esteban? ¿Ves esta chica que baila hasta allá y que alborota al público cuando se retuerce en el escenario? ¿La ves tú?, ricachón. ¡Buen dije! No lo colgarás en tu cadena...

ESTEBAN (*Riendo*)

Peor para ti, Olimpia.

OLIMPIA

Siempre que pienso en tipos como tú, me acuerdo de una caricatura que vi hace años. Era un pobre gomoso, que había recorrido el mundo en busca de una mujer que le quisiera por sí mismo. Desengañado de Europa, se va al centro de Africa, y le cogen prisionero unos antropófagos. Lo ensartan en un asador y lo ponen sobre la lumbre. Una negra horrorosa le da vuelta poco a poco, para que se dore por igual. A la negra se le cae la baba pensando lo sabroso que estará el asado, y el gomoso gira lentamente sobre las llamas y exclama satisfecho: «¡Gracias a Dios que encuentro una mujer que me quiere por mí mismo!» (*Todos ríen.*)

PAQUIRO

Tienes gracia y no tienes razón. Eres una loca. Tener parné y saberlo gastar son cosas que pocas veces se ven juntas,

OLIMPIA

¿Y tú qué dices, Augusto? ¿Qué haces ahí tumbado, fuma que fuma?

AUGUSTO

Psch..., oírte.

OLIMPIA

Mirad a éste. Mientras me ha acompañado a comprar los pendientes...

AUGUSTO

¡Pendientes que se han convertido en un perro!...

OLIMPIA

Bueno...; mientras íbamos en el coche, era este hombre una matracaca... Que si va a escribir un poema trágico... de mi vida, y dale que le das... viene aquí y se tumba en el diván, y como si le hubieran cosido los labios y no le dejaran más que un agujerito para echar humo. (*Amenazándole con el látigo.*) ¡Levántate, so tumbón!

AUGUSTO

Déjame en paz.

OLIMPIA (*Dándole un latigazo*)

No, no; ¡arriba! ¡arriba!

AUGUSTO

Déjame, Olimpia. Estoy pensando en el poema en que te asesina...

OLIMPIA

¡Qué poema ni qué chanfaina! Levántate. (*Le pega.*)

AUGUSTO

Un amante celoso, celosísimo...

OLIMPIA (*Pegando*)

¡Toma, celoso!

LA PLUMA

AUGUSTO

A quien tú desprecias...

OLIMPIA (*Pegando*)

¡Toma, desprecio!

AUGUSTO

Se precipita sobre ti y te quita... la vida... (*Le coge el látigo.*)

OLIMPIA

¡Dame el látigo, poetastro!

ESTEBAN

¡Eres terrible, Olimpia!

OLIMPIA

¡Vete! ¡Vete!... No quiero que estés aquí...; ahora mismo llamo al portero para que te eche... Anda, dame el látigo y vete.

AUGUSTO (*Tumbado*)

Ni me iré, y, por lo tanto, no me levantaré de aquí, ni te daré el látigo, y este poema que me está saliendo de la cabeza se lo dedicaré a la Pelitos. Esa, al menos, no se siente domadora como tú.

OLIMPIA

A mí no me hables... Oye, Esteban, ¿has visto tú a la Pelitos? La del empresario. ¿Esa ridícula muchacha?

AUGUSTO

¡Sí, sí, ridícula!

OLIMPIA

¡Calla, majadero!... No hables, hombre. ¿Estás ahí tumbado? Pues estate; pero sin hablar, como si estuvieras muerto... ¡Paca! Ven. Tengo que vestirme para el baile Indio. (*Olimpia y Paca pasan detrás del biombo.*)

AUGUSTO (*Incorporándose*)

Pues mira, ahora me siento orador... Don Esteban y tú ilustre matador de toros... Vamos, me van a decir si no tengo razón para quejarme... Esta Olimpia no es una mujer, ¡es un demonio! «Ven sin falta a buscarme a las cuatro—me dijo ayer—, vamos a comprar esos pendientes que tú has visto.» «Bueno, vengo a las cuatro menos cuarto.» Olimpia se presenta a las cinco y media. ¡Siete cuartos de hora que se pueden medir exactamente por las colillas que hay en ese cenicero! Salimos de aquí, tomamos un coche y «A la calle del Prado—digo al cochero—. Empezamos a rodar y Olimpia dice: «No. Vamos al Museo de Reproducciones.» «¿No querías ver esos pendientes?»—la pregunto—. «Sí—responde—. Iremos luego. Ahora vamos a ver la túnica del Auriga de Delfos; la tengo que copiar para una danza griega.» Al Casón—digo al cochero—. Llegamos cerca del Museo y Olimpia grita al auriga, no al Delfos, sino al de la manuela. (*Arrojan una zapatilla por detrás del biombo.*)

OLIMPIA (*Detrás del biombo*)

Toma, para ti, por hacer chistes malos!

AUGUSTO

Cochero, vamos al Retiro; daremos una vuelta por el Paseo de Coches. Hace una tarde magnífica. Entrábamos en el Retiro cuando me pregunta: «Oye, ¿esos pendientes son de filigrana de oro?» «Sí, son de filigrana de oro con esmeraldas.» «¡Cochero!—grita Olimpia—. ¡A la calle del Prado!» Bajamos por la calle de Alcalá hasta la Cibeles. Allí Olimpia ordena: «Sigue hasta la Puerta del Sol.» Y a mí me dice: «Es que quiero ir a la zapatería.» Al desembocar en la Puerta del Sol ve a un golfo con un perro. «¡Qué perro más precioso! Voy a comprarlo.» «Para, cochero.» Bajamos, me hace dar diez duros por un chucho feo, sucio y gruñidor, que tengo que izar al coche a empellones. (*Olimpia aparece con una túnica, descalza de medias; lleva chinelas.*) El perro gruñe y quiere morderme, la golfería se amontona. Yo tiro de la cuerda de esparto que sirve de collar al perrito, y el vendedor le da puntapiés para que obedez-

LA PLUMA

ca; la hermosa adquisición de Olimpia prorrumpe en aullidos. Metemos el perro en el coche, y resulta que hay que comprar un collar y un látigo, y nos detenemos en la tienda de un guarnicionero. Saco el perrito del coche; el perrito chilla, vuelve a reunirse la cáfila de golfos. Hacemos las compras. «A la calle del Prado»—dice Olimpia al cochero—. El cochero arrea, y cuando estamos a mitad de camino grita Olimpia: «¡Al teatro!» Yo estoy cansado de lidiar con ella y con su maldito perro, me tumbo a descansar y la fiera empieza a latigazos conmigo.

OLIMPIA

¡Bien! Ahora hablas como un sacamuélas.

AUGUSTO

¿Cree usted, don Esteban, y tú, gran torero, que me he ganado este rato de descanso en el diván?

ESTEBAN

Sí, hombre, se lo ha ganado usted.

PAQUIRO

¡Vaya que si te lo ganaste!

OLIMPIA

¿Entonces todos contra mí?

PAQUIRO

Todos contra ti, chiquilla.

OLIMPIA

¿Y el hombre de los dijes? ¿También?

ESTEBAN

¡También!

OLIMPIA

Bueno. Pero no vivís a mi lado sometidos a la legislación del embudo. ¿Entonces a qué tanto decir que mis caprichos son leyes para

vosotros? ¡Vaya unos esclavos! En cuanto se le pega a uno se revuelve y me arranca el látigo; yo necesito un esclavo que se deje martirizar, que goce en el martirio, como Julio. Vamos a ver, tú, Augusto. ¿Eres un esclavo, así, como tu amigo Julio?

AUGUSTO (*Tumbándose*)

¡Yo soy un árabe sensual!...

OLIMPIA

¿Tú, Paquiro? Tú sí, ¿no es cierto? (*Paca atraviesa y sale.*)

PAQUIRO (*Riendo*)

OLIMPIA

Tampoco... Entonces tú, don Esteban.

ESTEBAN

¿Yo? Admirador, el más ferviente admirador...

OLIMPIA

¿Pues sabéis lo que os digo? ¿No? Pues que os vayais ahora mismo a la calle y que no pongais los pies aquí hasta que se os avise. No quiero pelmas en mi cuarto. ¡Eh, tú, árabe sensual!, levántate y largo de aquí, que me estás chafando el abrigo. Tú, matador de caracoles, toma tu cartulina (*dándole el sombrero ancho*), y andando, y tú, señorito de pueblo, a dejarme en paz, que me tengo que vestir y que dorarme los pies y las manos para el baile indio.

ESCENA SEXTA

DICHOS y PACA

OLIMPIA

¿Qué quieres Paca?

PACA

Aquí está un caballero que quiere hablar con la señorita. Me ha dado esta tarjeta.

LA PLUMA

OLIMPIA (*Lee*)

¡Ah, es un periodista!... Mirad, entonces no os vayais. Si me encuentra sola, se quedará aquí mucho tiempo. Siéntate tú, árabe, ¡siéntate, precioso!; y tú, ¡magnífico torera! aquí, a mi lado, y tú, don Esteban, aquí... Paca, dile que entre. Aquí estais muy bien, me servís de armatostes para que ese buen señor no me dé la lata. (*Vase Paca.*)

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS y UN PERIODISTA

PERIODISTA

¡Olimpia de Toledo! ¡¡Hombre!! ¡Augusto y Paquiro! ¡Cuánto me alegro!

OLIMPIA

Voy a presentar a usted a mi íntimo amigo don Esteban... Chico, ahora no me acuerdo de tu apellido... El señor es redactor de el...

PERIODISTA

El Nacional.

OLIMPIA

Eso, sí; de *El Nacional.*

PERIODISTA

¡Bien, Augusto, bien! He leído sus últimos versos y me han parecido una verdadera maravilla... Bueno, usted lo sabe mejor que nadie.

AUGUSTO

Hombre, muchas gracias.

PERIODISTA

Aquella estrofa... «Y en la morena curva decora el vellocino. Bajo la cachemira...»

OLIMPIA

¡Vaya una memoria que tiene usted!

PERIODISTA

¡Ah! Es que los buenos versos se pegan al oído. Los del poeta no son como algunos que se publican por ahí, que tienen la melodía de un carro cargado de flejes que rodara sobre un pedregal.

AUGUSTO

¡Ah! Es que a veces el idioma es rebelde.

PERIODISTA

Usted doma esa rebeldía.

OLIMPIA

¡Vaya, vaya! ¡Le gustan a usted mucho los versos de mi amigo!

PERIODISTA

¡Muchísimo, Olimpia! Considere usted que yo soy poeta fracasado. ¡Qué no hubiera dado yo por rimar así!

OLIMPIA (*Impaciente*)

¿Pero vale tanto, tanto eso que has escrito? Yo, chico, no le encuentro tanto, tanto mérito.

AUGUSTO

Este señor es muy benévolo conmigo, Olimpia. Creo que toda la belleza de mi última composición se debe a que tú la has inspirado.

PERIODISTA

El motivo es, indudablemente, hermoso, y usted, como verdadero poeta, lo ha exaltado.

OLIMPIA

¡Bueno! Es decir, ¿que la composición vale más que quien la inspira? ¿No es eso lo que quiere usted decir?

PERIODISTA

Es difícil hacer una comparación...

LA PLUMA

OLIMPIA

Mira, Augusto, no me chafes la falda. Tengo que bailar con ella dentro de poco. ¡Jesús, qué hombre más tumbón! Levántate, hombre.

AUGUSTO (*Levantándose lentamente*)

Bueno, mujer.

PERIODISTA (*Levantándose*)

He tenido un gran placer en manifestarle toda mi admiración... ¿Me permitirá usted el tener una conferencia con usted? Será de gran importancia para el público...

AUGUSTO

Cuando usted guste... Me voy al escenario... (*Vase.*)

ESCENA OCTAVA

DICHOS, MENOS AUGUSTO

PERIODISTA

¡Admirable poeta!

OLIMPIA

¿Pero usted cree de verdad que sus versos valen tanto?

PERIODISTA

¡Ya lo creo!

OLIMPIA

Pues a mí me parecen muy rebuscados. ¿A ti qué te parecen don Esteban? ¿Y a ti Paquiro?

PAQUIRO

Yo, chiquilla, no entiendo de eso.

PERIODISTA

¿Usted de matar toros?

PAQUIRO

Sí; de eso se entiende una mijita.

PERIODISTA

¿Estará usted agobiado de contratas?

PAQUIRO

Le diré a usted. Si no tengo percance torearé unas cuarenta corridas en Barcelona, Sevilla, Madrid...

OLIMPIA

Pero Paquiro de mi alma ¿nos vas a colocar la lista de todas las plazas de toros?

PAQUIRO

Como este señor preguntaba...

PERIODISTA

Ya sabe usted Olimpia la afición que hay a los toros... Y diga usted Paquiro...

OLIMPIA

Pero bueno, señor periodista, ¿ha venido usted a preguntar cosas a todos los que están en mi cuarto?

PERIODISTA (*Sonriendo.*)

Perdón, Olimpia. Ya que he tenido la suerte de encontrar aquí al gran poeta y al gran torrero...

ESCENA NOVENA

DICHOS y AUGUSTO

OLIMPIA

¿Ya estás otra vez?

AUGUSTO

Sí, chica, me asfixio en cuanto salgo de tu cuarto. Vengo a convencer a este señor de que aquí, y fuera de aquí, lo más importante eres tú y tus danzas. Aquí, amigo mio, respiramos, hacemos la digestión, vivimos, en una palabra, con permiso de Olimpia de Toledo, y usted, que no sabía eso, parece ocuparse de todos menos de ella.

LA PLUMA

PERIODISTA

¿Cómo no?... ¡Sí, por Dios! Si precisamente quiere el periódico hacer una gran información acerca de este teatro y de las estrellas que aquí actúan.

ESTEBAN

Aquí no admitimos más que una estrella, estrella única.

PAQUIRO

¡Olimpia de Toledo!

AUGUSTO

Eso que tú has dicho, matador: ¡Olimpia de Toledo y sus danzas, sus fantásticas danzas, compendio del arte pasado, del arte presente y del arte futuro!

OLIMPIA

Exageraciones, no. Pero ¿no me dirá usted que ahora hay ninguna bailarina que pueda compararse conmigo?

PERIODISTA

Usted es, sin duda, la danzarina ideal en su género.

OLIMPIA

El único género posible.

PERIODISTA

Sin embargo, la Duncan, la Argentina, Tórtola, Pastora...

AUGUSTO

No pueden compararse contigo.

PERIODISTA

Yo he tenido el placer de aplaudirla...

AUGUSTO

¿Pero ha comprendido usted toda la trascendencia de las piruetas de Olimpia, cuando interpreta la marcha fúnebre de la Heroica, o nos in-

dica con sus gestos la verdadera intención de Wágner en el Viernes Santo del *Parsifal*?

PERIODISTA

Está bien; está bien, pero yo creo que al paso que vamos se bailará dentro de poco el Código de Comercio...

OLIMPIA (*Incomodada.*)

No, si lo que hay que bailar eternamente son las seguidillas y el garrotín. Bueno, señores, hasta otro rato; tengo que vestirme... Paca... Paca (*Vanse todos menos Olimpia.*)

ESCENA DÉCIMA

OLIMPIA y PACA

PACA

¡Vaya un tío pelmazo!

OLIMPIA

¡Valiente lata! He estado por ponerle de patitas en la puerta... Viene a hablar conmigo y se está ahí preguntando a Augusto por sus versos y al Paquiro por sus corridas. Luego, que si la Pastora, que si la Tórtola. Le habrán pagado para que las elogie.

PACA

Pues la señorita no ha estado muy amable con él. ¡A ver si se mete con la señorita en el periódico!

OLIMPIA

¡No me lo digas! Esta misma noche le pongo una tarjeta invitándole a venir por aquí. Pero vamos, es que no puedo resistir que alaben a gentes que no se lo merecen.

ESCENA UNDÉCIMA

DICHOS y el EMPRESARIO

EMPRESARIO

¡Hola chiquilla! ¿Todavía no estás vestida? Falta poco para tu sección,

OLIMPIA

¿Qué tal está usted de relaciones con ese periódico *El Nacional*?

EMPRESARIO

Bien.

OLIMPIA

Es que ha estado aquí un redactor y no sé si se habrá ido un poco incomodado.

EMPRESARIO

¿Quién, Pepe Martínez? ¡Ca, es un guapo chico! No tengas cuidado, no se meterá contigo. Lo único que le preocupa es la literatura.

OLIMPIA

¡Menuda tabarra me ha dado con los versos de Augusto! ¿Y no podía usted mandarle que pusiera un suelto elogiándome?

EMPRESARIO

Pero eso hay que pagarlo, chica. Yo creo que no hay necesidad.

OLIMPIA

Pues sí hay necesidad.

EMPRESARIO

¿Por qué?

OLIMPIA

Porque sí. Porque aquí se bombea a todo el mundo menos a Olimpia de Toledo. Porque aquí, a todas esas que no valen un pimiento se las considera y se las halaga. El otro día, sin ir más lejos, le puso usted a la Pelitos con letras rojas en el cartel, y cuando salió se le

encendió el proyector grande, y yo le digo a usted que, o se me pone el foco grande o me voy.

EMPRESARIO

¡Pero, mujer, si es que el electricista...!

OLIMPIA (*Incomodada*)

¡Sí, sí, el electricista! ¡Está usted bueno con el electricista! Que la Pelitos le unta al jefe de la *clac* y regala medio teatro, y usted, usted está chiflado por ella. ¡Parece mentira! ¡Ese esqueleto ambulante!

EMPRESARIO

¡Mujer, no tanto!

OLIMPIA (*Gritando*)

¡Una fea, una chata fea!

EMPRESARIO

Algo tendrá cuando al público le ha dado por aplaudirla.

OLIMPIA (*Furiosa*)

Es que el público del teatro de usted ni es público ni es nada; un montón de señoritos chulos y de gentuza. Morralla buena para los novillos. ¿Qué entiende esa turba de arte ni de nada? (*Se levanta, saca un pliego de papel de un cajón y se lo tira al empresario.*) No trabajaré, no; no quiero bailar delante de esa gentualla. Ahí tiene usted mi contrato, rómpalo si quiere.

EMPRESARIO

¡Por Dios, Olimpia!...

OLIMPIA

La culpa de todo la tengo yo. Si ya me lo decían. Es un teatrillo de mala muerte... ¡La aristocracia! Me dijo usted que venía la aristocracia. ¡Buena aristocracia vendrá a oír a esas cupleteras con voz de gato, a ver esas bailarinas, que no las querrían en un café cantante de Lavapiés! ¡No quiero trabajar aquí!... ¡Me voy, me voy!

LA PLUMA

ESCENA DUODECIMA

DICHOS y JULIO

JULIO (*Fumando*)

¿Qué pasa? ¿Por qué gritas así?

EMPRESARIO

¡Hombre! Me alegro de que venga usted, a ver si consigue calmar los nervios de esta mujer!

OLIMPIA

Julio, ayúdame a reunir los chismes más necesarios y nos vamos. Llamará a un coche.

EMPRESARIO

¡Pero mujer!

OLIMPIA

Esto no se puede resistir. Desde que he entrado aquí no he tenido más que impresiones detestables.

JULIO

¿Pero qué ha ocurrido?

OLIMPIA

Que aquí no se me considera, que no se me atiende. Muchas palabras, muchas promesas, y luego, nada. Rivalidades, dirán. ¿Rivalidades? Como si yo pudiera tener rivalidades en esta barraca, después de bailar en Folies-Bergères y en la Alhambra. No pasa más sino que don Manuel quiere levantar a la pelandusca de la Pelitos a costa mía. Para ella, el foco; para ella, los grandes letreros y las canastillas de flores. Y en los reclamos la Genial, la Estrella. ¡No y no! Eso no lo consiento. A mí se me dijo que durante mi contrato sería aquí la primera, y no lo soy.

EMPRESARIO

Considere usted, amigo Julio. Por esas ridículas aprensiones que se le han metido en la cabeza quiere dejarme plantado media hora antes de empezar su sección.

OLIMPIA

Anuncie usted que me he puesto enferma. Eh, ¿qué te parece, Julio? ¿No dices nada? No, si todos sois iguales... Quiero hacer mi voluntad, ¡ea!

EMPRESARIO

¿Pero no comprendes que eso es imposible? Hoy, en la sección de moda, cuando viene el público más selecto a aplaudirte, en que me han encargado que reserve dos palcos proscenios para el Duque de Bistonia...

OLIMPIA

¿El Duque de Bistonia?

EMPRESARIO

Sí, el Duque de Bistonia, ese embajador extraordinario... Ha pedido los palcos de la izquierda a precios de contaduría. No puedes, Olimpia...

UNA VOZ (*Fuera*)

¡Don Manuel!...

EMPRESARIO

¿Qué pasa?

UNA VOZ

Que le buscan a usted unos señores en el despacho...

EMPRESARIO

Convénzala usted, Julio. Olimpia, no me revientes la sección de moda... (*Vase.*)

LA PLUMA

ESCENA DECIMATERCERA

OLIMPIA y JULIO

OLIMPIA (*Tranquila*)

No te puedes imaginar lo que me hace rabiar esta gente. Me indigna tener que competir con estas pécoras de aquí. Yo no sé cómo el público no las pateas.

JULIO

¿Por qué no abandonas todo esto?

OLIMPIA

¡No digas tonterías, hombre! ¡Vaya un susto que se ha llevado el empresario! Que se fastidie... pero, pasa el tiempo... voy a pintarme... ¿Me ayudarás, Julio? (*Se sienta en un diván.*) Trae la purpurina... Ahí, junto al espejo... ahí, hombre. ¡Jesús, qué torpe! Ese frasco que tiene el pincel. La verdad es que si me empeño en no bailar hago una tontería. Precisamente, cuando va a venir el Duque de Bistonia. Le conocí en Londres. Anda, arrodíllate aquí para pintarme los pies. (*Julio se arrodilla a los pies de Olimpia. Julio conserva el cigarro en la boca.*) Entonces, el Duque protegía a una muchacha griega que bailaba... ¡ja, ja!... ¡bailaba como un peón... de albañil! Así, no está mal; revuelve el líquido, porque si no la purpurina se va al fondo. Pues sí, chico, el Duque es riquísimo, muy metido en «music-halls» y en teatros de variedades. ¡Si consiguiera pescarle! No sé si me ha visto bailar alguna vez... Pero, ¿qué haces? Hombre, las uñas, sólo las uñas. Vaya una conquista... Pero, ¿qué te pasa? ¿Lloras? ¿Eh? ¿Lloras?

JULIO (*Balbuzeando*)

No... es el humo del cigarro, que se me mete en los ojos...

OLIMPIA (*Quita el cigarro a Julio, lo mira y lo tira*)

¡Pero si tu cigarro está apagado!... ¡Qué simple eres, Julio! (*Julio llora arrodillado a los pies de Olimpia. Olimpia ríe.*)

TELÓN LENTO

FIN DEL PRIMER ACTO

RICARDO BAROJA.



LA CUASI TRAGEDIA DE UN "HOMO HISPANUS"

COMENTARIOS DE UN INMIGRADO

QUISIERA, para el mejor efecto de esta leve nota, empezar llamándome extranjero. Obligado a escribir en tal pie, ganaría esto que voy a decir, en objetividad y serenidad lo que perdiese en cálida emoción, en «dolorido sentir». Pero, hombre sincero, me calificaré, simplemente, de extranjero en su patria. Largos años fuera de este nuestro país, una relativa familiaridad con España como entidad histórica, como un plasma a través de los siglos, me ha llevado a crearme de ella una idea estilizada. Acaso ese apartamiento de la vida actual me haya conducido a formular en mi mente una España que no es la que es, sino la que yo quisiera que fuera. Como hombre tímido para la acción soy aficionado a generalizar violentamente. La teoría, nuevo Ícaro, vuela, sube, cae y se despedaza. (Quizás fuese mejor compararla con la consabida pompa de jabón...) Pero dejémonos de metáforas manoseadas y que no conducen a nada.

Para mí—ratificado por la visión de viajeros de tierras extrañas, que es mi debilidad el leer—el orgullo era algo fundamental en la idiosincrasia de mis paisanos. Ello me parecía bello en extremo, y leyendo a Epicuro (¡oh admirable altanería de los estoicos!), veía a través de Lázaro y de Guzmán, claras figuras de la raza; creía sorprender por qué el Cid en el destierro («¡albricia, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra!») se nos aparece más grande que cuando le contemplamos conquistador de Valencia; imaginaba comprender a don Rodrigo Calderón y atisbar el fuego interior que consume al Caballero de la mano al pecho. Esto de que el valor de la humana personalidad no dependiese del reconocimiento

LA PLUMA

social—repito, actitud bella en extremo— se me antojaba un rasgo inherente al pensamiento de mis compatriotas.

Dividía, en consecuencia, a los pueblos europeos—hoy reconozco que un poco a la ligera—en dos grupos: *orgullosos*—es decir, con un muelle real de conducta de origen interior—y *vanidosos*—es decir, con un muelle real de conducta de origen exterior. Eran los primeros ingleses y españoles, eran los segundos alemanes y franceses.

Tal clasificación me daba en mis andanzas fuera de mi patria una admirable y bendita sensación de aplomo y reposo espirituales. El español en España ve que las cosas están mal y se indigna; reconoce que por ahí, más allá de las lindes de esta piel de toro extendida, hay algo mejor, mucho mejor, ya en forma de organizaciones universitarias o de máquinas de guerra, pero no está obligado a un contacto «preciso, diario y fatal», y el bello uniforme detonante de un húsar (compás vienés de tres por cuatro, cuando Viena era Viena), la ceremonia suntuosa de una función de corte (ristras de caballos bayos, de caballos alazanes, de caballos tordillos, penachos, libreas, peluquines—haciendo caso omiso de los semicultos perfiles borbónicos) o un acre comentario con un amigo, compañero deglutidor de esa cicuta de cuna incierta, falsamente achacada a Puerto Rico o al Brasil (así se destruye, señores, el hispanoamericanismo), serena y distrae su ánimo, aunque las ametralladoras no dispares mejor ni los señores catedráticos estudien más.

Empero para el español que anda por ahí fuera eso no vale, y, en general, le ocurre una de dos cosas: o cae en un fetichismo insoportable de todo lo exótico, o se le encalabrina y agudiza lo castizo hasta un punto patológico. ¡Qué difícil es mantenerse en un justo medio de reconocimiento de méritos en los extraños y de ecuanimidad para conservarse *uno mismo*, sin bajezas ni desplantes! Y el eje de mi amor a España, simplemente—ahora caigo en la cuenta—, porque era el eje fundamental de mi existencia como ser consciente, era esa inaprensible, imponderable cualidad de la dignidad humana.

La actitud noble y gallarda del labriego, el sentido preeminentemente aristocrático—en su excelso sentido, no en el de los revisteros de salones, *horresco referens*—de los rangos aún más bajos de la sociedad (en oposición a otros pueblos en que todo es terriblemente clase media, burguesía infecta, cuidadosos de honores, pagados de tratamientos) me parecía muy español. Orgullo, de un lado, y amabilidad con el inferior, de otro, aristocratismo y democratismo; no surgían sino de la misma fuente, eran los puntos extremos de un arco que se curvaba para encerrar un círculo, el círculo de la máxima espiritualidad humana. Y con

tal teoría, uno se forjaba una especie de armadura y acorazado iba por el mundo. Nosotros éramos los grandes señores, caídos, sin duda, pero también grandes señores.

Pero observo con dolor que si en Inglaterra el snobismo era ya la filoxera que hacía estragos en una gran parte de su sociedad, aquí también están pasando esas cualidades por mí tan admiradas. Se construyen casas de una chocarrería, de una falsa grandiosidad, verdaderamente aterradoras. Veo gentes atacadas de típicos complejos de inferioridad: los que se crean el círculo mágico, el *de aquí no pase usted*, los que mal imitando a «Vigny, plus secret» que

Comme en sa tour d'ivoire, avant midi, rentrait

se cercan de una tapia de adobe, que van muy estirados, metafóricamente hablando, porque saben que no llevan sobre su carne espiritual más que unos trajecitos de papel pegados con salivita, que al menor contacto, al menor movimiento brusco, a la menor pirueta intelectual, les deja sus vergüenzas al descubierto; y los otros, también atacados de complejos de inferioridad, que por reacción inconsciente de la psiquis son llevados a una arrogancia y agresividad enojosas, que inseguros de su propio yo, creyéndose postergados, tratan de forzarse, con exhibiciones de un Zeus de guardarropía, en el ánimo de los que con ellos tenemos que convivir y malvivir. Sibaritismo de *double* y ausencia de humorismo, todo ello es prueba de una epidemia de vanidad; porque el humor no se dará sino en tipos orgullosos, en superadores que se burlan del ambiente y pueden burlarse de sí mismos, mientras que el ingenio y la actitud tragediante—ambos tan propios de las mujeres—son productos de raíz vanidosa. Lo que aquí ocurre, a mi entender, es que se ha dado un salto mortal de uno a otro sentimiento; del que permite al hombre afirmar su personalidad aún en las más bajas condiciones sociales, al que lleva a un señor a volverse loco y correr desalentado tras un cintajo o a esponjarse al decirnos que es amigo de tal pseudo personaje: el paso del hombre-hombre al señor-guiñapo.

Yo quisiera ir por esos campos de Dios a ver si el labriego perdura en su pristino estado—pero a mi natural tímido aterran las tifoideas y los fríos—y prefiero continuar pensando que esto es así, y que estas gentes que creen que Madrid y en Madrid se ha mejorado mucho porque se fuman más Murattis o más Abdullas, porque se construyen unas casas coronadas por cúpulas y torrecitas espeluznantes o cuadrigas recubiertas de deslumbrante purpurina, etc., no son sino unos pobres señores «totalistas» (consúltese y medítese la admirable *Caverna del humo*—



LA PLUMA

risimo, de Baroja), inferior producto del «quiero y no puedo», de una burguesía acaso un tanto mejor abastada, pero que no lee más, que no sabe más, que no ha mejorado de ideales, antes por el contrario, ha perdido las viejas virtudes; que no se ha refinado, antes por el contrario, se ha chafarrinado, pero que presume cuando nunca se debe presumir... y menos ella ahora.

Pero, de todos modos, mi fe se ha ido; la útil, eficaz y resplandeciente armadura se ha mellado y cuando salga por ahí otra vez tendré que acudir al humorismo, escudo siempre protector de los noroesteños (que se chinchén los puristas). Y esta es la cuasi tragedia de un *homó hispanus*, ingenuo y desterrado, que pide se le perdone esta exudación lírica.

ERASMO BUCETA.





CRÓNICAS LITERARIAS

PORTUGAL



UGENIO de Castro parece haber abandonado definitivamente la magnífica manera en que nos dió ejemplares prodigiosos, de arte supremo, para fijarse en un procedimiento más sincero, más natural, menos artístico, más profundamente humano. El gongorino de *Bekiss*, el ortebre de *Sagramor*, el brujo irresistible de *Oaristos* y del *Libro de Horas*, ha cedido el puesto, primero, al clásico de *Constança*, y, por último, al trovador henchido de simplicidad de las *Cançoens desta negra vida*, su libro de ha pocas semanas.

Son veintitrés canciones hechas, generalmente, a seres modestos: al olivo seco, al carpintero, a la doncella que envejeció doncella, a unos zapatitos, a la mano izquierda, a la mata de clavel, a la borriquilla que llevó a Nuestra Señora, a la camisa de boda, al canario de la botica... Entre esas canciones, algunas se dirigen a cosas nobles y orgullosas; a la noble Popeia, gatapersa; a la espada de Toledo, a un reloj inglés viejo.

Emplea en esas canciones la cuarteta de siete sílabas de la antigua poética portuguesa, excepto en la segunda canción de la *Donzella envelhecida*, que adopta un ritmo poco usado hoy, pero que bien manejado posee su encanto. La canción es linda: la doncella tenía una perla, la tiró al aire y la perdió; tenía una rosa y la deshojó; fué a buscar otra y la vió deshojarse; su amado quiso besarla y ella le huyó. Era doncella. Ahora, al envejecer, desea la perla que perdió, la flor que deshojó, el beso que rehusó. Y dice:

«Vei u outono. Onde estás, primavera?

Como eu fui!... E como é que me vejo?

Ai, agora, meu Deus! quem me dera

uma rosa... uma pérola... um beijo...»

LA PLUMA

A canção da mão esquerda es de las más armónicas del libro. Canta las tristezas de la mano izquierda, que dice a la mano derecha:

«Ela é fidalga, eu plebeia,
Assim o quis nossa estrêla;
Coisas mesquinhas sao minhas,
E coisas belas sao dela.»

La *Canção das seis Marias* es interesante. De las seis Marias amadas, sólo una no le hizo traición. La María de la Luz, le cegó; la María de los Placeres, sólo le dió sufrimientos; la María del Cielo, le abrió las puertas del infierno; la María del Rescate, le esclavizó; la María de la Gloria, le humilló.

«Dos seis nomes, qual mais lindo,
Dos nomes dos meus amores,
Só nao me mentiu o sexto,
Que era... Maria das Dores!»

La última canción es la de sus hijos. Uno de ellos murió. El poeta le consagra estas dos cuartetas maravillosas:

«Martín, passaste de leve
Neste mundo, qu' é só dor...
Nascendo, fizeste-me anjo,
E morrendo, pecador.

Pecador, que, ao ver-te morto,
Descreu de Deus e dos Céus,
E qué ainda, se em ti pensa,
A Deus pergunta se ha Deus!»

* * *

En el siglo xviii hubo un escritor portugués, en cuyo espíritu se reveló a la vez el pensamiento de un Montaigne y la ironía de un Voltaire: Francisco Xavier de Oliveira, conocido en el mundo de las letras por el Cavalheiro de Oliveira. Su obra más conocida y más juntamente célebre son las *Cartas*. Diplomático y aventurero, estuvo en Viena, y fué a morir a Londres. Hace poco tiempo que se ha empezado a ver claro en su vida, merced a las investigaciones minuciosas de un erudito de mucho valor, el Sr. Jordao de Freitas. Sábese por

qué se fué a Viena, por qué salió de allí; se conocen algunos incidentes de su vida, tan original. Mientras estuvo en Londres redactó y publicó una especie de periódico, en francés, el que tituló *Amusement périodique*. Ese periódico, conocido en Portugal de poquísimas personas, aunque muy inferior a las *Cartas*, es necesario para recibir la impresión completa de la personalidad intelectual del Cavalheiro de Oliveira. Un funcionario de la Biblioteca Nacional de Lisboa, y al mismo tiempo escritor, Aquilino Ribeiro, ha traducido parcialmente el *Amusement*, y acaba de publicarlo en dos volúmenes, acompañado de una larga introducción.

La única ventaja que se obtiene con la iniciativa de Aquilino Ribeiro es la de llamar la atención sobre el periódico del escritor del siglo XVIII. Pero esa obra sólo interesa a los eruditos, que saben francés; no había necesidad de hacer la traducción. Lo indisculpable es que, de traducirlo, no se haya hecho la traducción íntegra. Aquilino Ribeiro ha suprimido lo que ha tenido por conveniente, de modo que la traducción tiene un carácter acentuadamente anticatólico, que no estaba en el espíritu de quien lo escribió. Si Aquilino Ribeiro hubiese hecho la introducción del *Amusement périodique*, habría prestado un verdadero servicio a la crítica literaria portuguesa. Tal como está, su trabajo es poco menos que inútil.

* * *

Hipólito Raposo es, entre los nuevos, un nombre consagrado. Figura entre los directores del grupo político denominado integralismo lusitano, y es también un escritor de mérito. Hasta el presente se había limitado a publicar volúmenes de crónicas ligeras. Ahora se nos presenta con un trabajo de mayor alcance, de más alta y profunda intención, una novela: *Seara Nova*. Novela de tendencias nacionalistas, con una parte crítica del modo de ser de la sociedad y de la *élite* mundana contemporánea, y otra parte de aspiraciones y de creación, el libro de Hipólito Raposo es una tentativa feliz en la literatura portuguesa. Lástima que su prosa sea tan pesada, tan opaca; prosa sin perfume, que cansa como la subida de una ladera. Me recuerda la prosa del difunto Marcel Proust, que sólo puede leerse a tragos, porque atosiga y fatiga.

Aparte de eso, el libro de Hipólito Raposo es un trabajo de cualidades singulares, que merece ser leído y estudiado con atención.

* * *

LA PLUMA

La poetisa D. Branca de Gonta Collaço heredó de su padre, el poeta Thomas Ribeiro, un puñado de cartas que Camillo Castello Branco le escribió desde 1883 a 1890. Ha resuelto publicarlas. El libro apareció pocos días hace. Son 120 cartas prefaciadas por su propietaria, y anotadas por J. D. C. Las anotaciones no tienen mayor importancia. El prefacio ayuda a conocer la compleja y misteriosa psicología del gran novelista del siglo XIX, psicología que las cartas ponen claramente al desnudo en toda su complicación y misterio.

Del infortunado Camillo deben de haberse publicado ya más de 300 cartas. Ellas serán el gran instrumento elucidatorio de que habrá de echar mano quien se resuelva a hacer la biografía completa del escritor. Hasta ahora no se ha pasado de tentativas, laudables por la intención, pero de escaso provecho. Sólo delante de las cartas en que Camillo nos ofreció su alma desnuda, podremos formarnos idea de lo que realmente fué el gran maestro del sarcasmo y del llanto.

* * *

En el periodismo portugués se ha destacado últimamente el nombre de Henrique Trindade Coelho, hijo del notable cuentista de *Os Meus Amores*, Trindade Coelho. Su prosa posee elegancia y brillantez. Dueño de cualidades técnicas dignas de aprovechamiento, Henrique Trindade Coelho, que también es poeta, aparece en las librerías con un volumen inédito: *Prozas e Versos de Belchior de Nobrega*. Este Belchior de Nobrega es un personaje ficticio, de quien se sirve el autor para ciertas evocaciones del tiempo del segundo imperio francés. Es una figura a la manera del Fradique Mendes, de Eça de Queiroz, viéndose que Henrique Trindade Coelho se deja influir mucho por el novelista de *Os Maias*, pero sólo en la manera de componer la armazón del libro, en la estructura de la frase y en el modo de adjetivar. Integran el libro 49 sonetos, preciosos algunos. Me gustaría que Henrique Trindade Coelho fuese más exigente al trabajar sus versos, para no incurrir en la repetición evitable de adjetivos ni en las cacofonías, que, para oídos hipersensibles, son verdaderos martirios.

Transcribo este soneto, muy bello:

«Quando o pastor, de noite, á porta lhe bateo,

Dormía Sulamite, e o coração velava.

Velava, ouvindo a voz inquieta q. a chamava

Sob as gottas do orvalho e a clara luz do ceo.

—«Abre-me, pomba minha, amiga minha...» Ergueo,
Sulamite, subtil, a perfumada aldrava:

Deserto, o limiar. Apenas negrejava,
Ao fundo, uma palmeira a o pé do poço hebreo.

Quedou-se Sulamite, estática, a olhar.

E vendo unicamente a sua sombra ao luar,

A ella ergueo as maos diaphanas, e disse:

—«Em vao por min chamou aquelle q. esperava.

O meo corpo dormia, o coração velava...

Antes velasse o corpo, e o coração dormisse...»

* * *

Otro poeta: Guilherme de Faria. Es un niño; apenas, quince años. Dos libros, ya, *Poemas*, y *Mais Poemas*, Este último acaba de publicarse. Es un ejemplar característico de precocidad. A veces, leyéndolo, y al recordar la edad del autor, pienso en Arthur Rimbaud, el amigo y enemigo de Verlaine, poeta en París, comerciante y contrabandista de armas en África.

Guilherme de Faria no posee todavía una personalidad muy marcada. En algunos de sus poemas se percibe influencias manifiestas. Mas la musicalidad de sus versos es verdaderamente asombrosa. Oigan, que lindo:

«O' Pedra que choras na rua,

Pedrinha, meo bem,

Tu choras, meo bem?

O' Pedra que choras, na rua,

Tu choras de alem...

O' Pedra que choras na rua, só, nua,

Eu choro, tambem...»

Este poeta tiene quince años y trabaja sus versos como un artista maduro.

ALFREDO PIMENTA.



IDA CATALANA.—La vida de la gran urbe catalana llega en esos meses de fiebres diversas a su máxima intensidad. Se prodiga la edición de libros, se llenan los teatros de multitudes curiosas, se celebran cursos y conferencias en los Ateneos. De esta inquietud diversa sobresalen algunos pináculos entre las aguas turbias de la corriente. A vista de pájaro, a manera de cinta cinematográfica, veremos pasar la vida catalana de esos días de crudo invierno, al que no estamos acostumbrados los barceloneses en la perenne benignidad primaveral de nuestro clima, saturado de brisas marinas y de auras montañosas olorosas de pinos.

En materia teatral hemos tenido copiosas novedades. La aportación a nuestra lengua de la obra rebosante de humor y de ironía de Gerome K. Gerome *Fanny i els seus criats*, debida al poeta Millás Raurell, ha sido en Romea un éxito completo. El jugoso humorista inglés era ya conocido de nuestro público a través de las novelas *Tres homes dins d'una barca, sense cantarhi el gos* y *Tres anglesos s'asbàrgeixen*, las dos de una completa novedad. La obra intensa y algo dura *El pàquebot Tenacity*, de Darles Vildrac, que obtuvo en París los honores de un éxito grandioso, ha pasado por el escenario de Romea sin pena ni gloria, a pesar de haber merecido de la crítica barcelonesa un elogio muy justo por su acertada interpretación. Ha pasado asimismo con indiferencia la refundición hecha por Pous y Pagés de su comedia, estrenada en anteriores temporadas, *La mel i les vespes*, con el nuevo título *Sants i diables*.

Por el mismo escenario de Romea, donde se rinde constante culto al teatro catalán, ha pasado el arte completo del venerable Zacconi, con todas sus extraordinarias facultades escénicas, que han hecho de su actuación un éxito público. Hay que agradecerle habernos dado, después del viejo melodrama espe-luznante de Giacometti, inevitable en todos los grandes «divos», antiguos y modernos, la fruición de su *Otelo*, de su *Re Lear*, cubriéndose con el sombrero de raros plumajes de *Petruccio*. Asimismo, dando prueba de su buen gusto, al lado de las figuras inmortales de Shakespeare, ha ofrecido al público barcelonés, que tanto le distingue, las dos magnas tragedias dannunzianas *La città morta* y *La Gioconda*.

Nuestro Liceo sigue una buena orientación que aplauden los amantes de la música selecta. Al lado de las inevitables vulgaridades de la música italiana, desde Donizetti a Puccini, los artistas rusos, ya conocidos de anteriores tempo-

radas, grandes cantantes y grandes actores, han reanudado unas cuantas representaciones del grandioso *Boris Gudunof*, que adquiere mayor relieve cuando más se oye, habiéndose estrenado la obra maestra de Borodine *El Príncipe Igor*, cuyas danzas del segundo acto dieron la vuelta al mundo en la interpretación de Miassine, en el ya lejano espectáculo de revolución coreográfica de los Bailes Rusos. Los artistas alemanes, que reanudan a cada temporada su maravillosa compenetración con las obras que interpretan, han dado una ajustada perfección a la fresca partitura de Mozart *Le nozze de Figaro*. Todos se han convencido de que se imponen las obras teatrales de Mozart, y se habla en la próxima temporada de un ciclo completo, en el que además de esta obra se interpreten *Il flauto mágico*, *Don Giovanni* y *Cosí fan tutte*.

La actriz Mercedes Nicolau prosigue su campaña de fervor artístico en el *Teatro Auditorium*, habiéndose presentado entre otras obras diversas, todas escogidas, en la traducción catalana de *Monna Vanna*, y la de *El vano de lady Windermeere*. En esta rápida revista no debe dejar de citarse el éxito obtenido por Julio Vallmitjana en una nueva obra de ambiente popular, *A l'ombra del Montjuic*, ante un público acostumbrado al bajo espectáculo que se ha dado en llamar «vaudeville», como herencia de aquellas comedias alegres servidas por Elena Jordi y presentadas con lujo y buen gusto por el malogrado Alejandro Soler.

De entre una grandiosa pirámide de libros publicados, reveladores de escasa originalidad, merece citarse *Cartes d'un visionari*, de Pedro Corominas. Se hallan reunidas en este volumen, de poca extensión, algunas cartas políticas, escritas desde la fiebre del estadio donde luchan los hombres a un amigo que vive en el campo lejano entre la paz de sus olivos y sus viñedos, ocupado en la recolección de los frutos ricos de la tierra. El luchador, retirado hoy de la política, habla de sus ideales democráticos, y desfilan por las páginas del libro figuras harto conocidas de los que gobiernan el país dentro de los leones decorativos de la fachada del Congreso. Se hace interesante la lectura hasta desde el punto de vista histórico, por tratarse de hechos ya consumados y de males ya conocidos.

Tiene la obra el defecto esencial de las demás obras de Pedro Corominas, el estilo pobre, abundante en una fraseología vulgar, y aceptando como artículo de fe las corrupciones del pueblo en la deformación de las palabras *deixupilnades*, por *disciplinades*, por ejemplo.

En el prólogo de este libro habla el autor de su teoría sobre el estilo. Cree

LA PLUMA

que el estilo debe ser transparente para seguir, detrás de las palabras, las sinuosidades de la idea pura; que en el corazón de cada palabra hay un espíritu que duerme y que en el genio de la lengua hay una lógica normal de construcción; que cuando el escritor evoca las palabras y las ordena con una lógica perfecta, la materialidad de las palabras es como si no existiera, y se muestra la virginidad del pensamiento como un espíritu puro. Esa teoría de la superioridad de la idea sobre la palabra se aleja de Maragall, que cree en el origen divino de la palabra. En realidad, el concepto *idea* y el concepto *palabra* son inseparables el uno del otro, y cuando la idea se viste con un ropaje suntuoso de palabras puras y bellas, la idea aparece mucho más luminosa. La unión de idea y las palabras de origen divino, el verbo hecho carne palpitante de emoción, es todo el arte del escritor. Claro está que la preocupación del estilo y de la forma se llama Theophile Gautier, el frío versificador que esculpe esmaltes y camafeos; pero también es cierto que la unión de la idea y del estilo se llama Víctor Hugo, el poeta de las grandes realizaciones.

Eso aparte, que es objeto ya de una preocupación de escritor, que no traería nada bueno si esa teoría de Pedro Corominas tuviera adeptos, *Cartes d'un visionari* se lee con gusto, a pesar de que la edición es detestable y se escapa involuntariamente de las manos del bibliófilo.

Carlos Rahola ha publicado últimamente un pequeño volumen muy interesante. Editado por las *Publicacions-Empordàs-Barcelona*, lleva por título *En Ramon Muntaner-L'Home-La Crónica*, e incita a su lectura un prólogo de Nicolau d'Olwer. La personalidad eminente del cronista de las glorias catalanas, de las grandes empresas guerreras de nuestros reyes cuando *de negunes gentes sont tants al mon com catalans*, sobresale de esas páginas en su doble aspecto de hombre y de cronista. Carlos Rahola, ferviente ampurdanés, ha hecho una ofrenda de gran precio a la cultura catalana con ese estudio de otro ferviente ampurdanés de otros tiempos. Todo lo que tienda a hacer revivir a nuestra vida moderna las grandes figuras de nuestros siglos de oro, ha de ser bien acogido por todos. Este estudio ha sido singularmente oportuno además, ahora que gracias a la iniciativa meritísima de Patxot y Jubert, el *Institut d'Estudis Catalans* va a emprender la publicación erudita y cuidada, tan esperada por todos, de las grandes crónicas catalanas que ahora es preciso leer en ediciones difíciles de encontrar, hechas por beneméritos hombres de otras épocas.

Givanel y Mas, el docto cervantista, ha publicado un estudio comparado en-

tre el *Don Quijote*, y el magnífico libro de Caballerías *Tirant Lo Blanco*, joya de la lengua catalana medioeval. Es un tiraje, aparte de la revista *Quaderns d'Estudi*, y una muestra de su pericia en estudios de esta índole.

Un diminuto fascículo de Manuel de Montoliu, *La Càncó de Gesta de Faume I*, publicado por la *Tipografia editorial Tarragona*, ha producido algún revuelo en el vasto campo de la erudición catalana y de los estudiosos de otros países que de estudios catalanes medioevales se ocupan. Mucho se ha dicho sobre el problema de la autenticidad de la *Crónica* de nuestro eminente rey *Conqueridor*, aunque pocas crónicas pueden parecer tan llenas de observaciones personales como esta. Montoliu trae a la cuestión latente un descubrimiento que parece de alguna transcendencia. Ve en la *Crónica* fragmentos rimados en metro épico, lo que parecería suponer la existencia de canciones de gesta perdidas que hubiesen entrado en la redacción definitiva de la *Crónica*. Ciertamente la figura de epopeya del rey debió despertar en su tiempo fulgores de leyenda y de poesía épica, hoy totalmente perdida. Pero Montoliu, para sostener su teoría, comete algunas infidelidades, como trasponer una palabra a la otra para hacerla rimar, y no falta quien dice que cualquier pedazo de prosa medioeval de Ramón Llull o de Joanot Martorell se prestaría a una prueba semejante, suponiendo igualmente fragmentos en metro épico. Sea lo que quiera, el descubrimiento de Montoliu es muy interesante y trae nuevas luces al problema de la *Crónica* de nuestro gran rey.

La *Editorial Catalana* ha publicado últimamente, en su *Biblioteca Literaria*, a versión debida a Carlos Riba de la emocionante narración de Sienkiewicz: *Bartek el vencedor*. El poderoso escritor polaco es conocido por su resurrección de otros tiempos heroicos de iniciación cristiana, que ha dado la vuelta al mundo con el nombre de *Quo vadis*. Pero el escritor se entrega más y es más sincero en obras como *Bartek el vencedor*, donde con su alma de patriota que odia la raza alemana que esclaviza su pueblo, traza la vida sencilla de ese héroe de la guerra de 1870. Así como anteriormente se publicó en la misma biblioteca la novela de los estudiantes de Kiel *Endebades*, obra de juventud del gran autor polonés, es de esperar que sigan traduciéndose al catalán sus obras, particularmente la trilogía heroica y sus maravillosas novelas *Sin dogma* y *La familia Polaniecki*.

La misma poderosa Empresa *Editorial Catalana*, que publica varias revistas y periódicos y bibliotecas y que llega a grandes tirajes, ha dado a los lectores de su *Biblioteca Catalana* los libros *Aplec de Rondalles*, de Valeri Serra Bol-

LA PLUMA

dú, el curioso rebuscador del folk-lore catalán, y el nuevo volumen de Alfons Maseras, el infatigable novelista, *Setze contes*.

L'Associació Protectora de l'Ensenyança Catalana, prosiguiendo su norma de conducta de dar biografías de los grandes hombres de nuestra historia, de las que estábamos completamente faltos, acaba de publicar *Francisco Pi Margall*, de J. Roca y Roca, y *Pau Clarís*, de A. Rovira Virgili. El éxito obtenido por esas publicaciones prueba claramente la sed que tenía de las mismas el público catalán, que admira sus grandes hombres y busca ocasiones de enterarse cumplidamente de su vida y del carácter de su obra.

Se habla mucho de la reciente *Fundació Bornat Metge*, que con un fabuloso capital inicial, tiene por objeto la publicación de los clásicos con el texto original y la traducción catalana, debida a nuestros primeros eruditos en lenguas orientales. Las listas de suscriptores a la magna obra se llenan cumplidamente, pues el público no permanece insensible ante las nobles iniciativas. Los primeros volúmenes están ya en curso de publicación y se asegura que presentarán una acabada perfección tipográfica, siendo un regalo para el bibliófilo.

Hablando de bibliófilos, acaba de fallecer en la Cartuja de Valldemosa, que une espiritualmente los nombres de Georges Sand y de Rubén Darío, Isidro Bonshoms y Sicart, el perfecto bibliófilo. Vivía allí como un gran señor que era, en la amplitud de unas celdas inmensas decoradas con lujo y buen gusto, donde trasladó hace ya años su biblioteca, para vivir consagrado a sus libros y a la contemplación de los espléndidos paisajes de Mallorca.

Su biblioteca era el fruto de toda su vida. Años y años había rebuscado, reuniendo un tesoro de incalculable valor. Con su gusto exquisito hacía revestir el viejo infolio de venerables pergaminos con el levante gofrado de hierros de oro y toda clase de olorosas pieles. Había reunido la maravillosa *Biblioteca Cervántica*, una de las primeras del mundo, que legó en vida al *Institut d'Estudis Catalans*, donde queda instalada en una sala lujosamente decorada, a la curiosidad de los historiadores, después de publicado el catálogo de tan estu-penda colección y de haber instituído un premio para estudios cervánticos que lleva el nombre del generoso donador. Asimismo tuvo gusto de entregar en vida a la *Biblioteca de Catalunya*, aumentando sus tesoros, la colección de folletos referentes a las guerras de Cataluña. Instaló en Valldemosa sus libros de Caballerías y gran acopio de libros, todos de gran precio, que lega en su testamento a la *Biblioteca de Catalunya*.

El ilustre patricio ha muerto, después de una larga enfermedad, sufriendo tanto que ni entre sus libros encontraba gusto. Vivió para los libros, para disfrutar con ellos, con el selecto placer del bibliófilo. Tuvo la fortuna de poder permitirse ese lujo de los dioses, de tan pocos conocido; porque generalmente la afición a los libros está en razón inversa con los dones de la fortuna loca y los que podrían adquirir libros raros prefieren comprar cuatro Rolls-Royce, aunque con uno tuvieran bastante. En el bibliófilo fallecido en Mallorca se unían esas dos raras cualidades, la fortuna y la afición a los libros.

El hombre feliz y generoso se extinguió en sus lujosas celdas de Valde-mosa, rodeado de sus libros y del paisaje luminoso que une espiritualmente los nombres tan distintos de Georges Sand y Rubén Darío.

J. MASSÓ VENTÓS.



* * *



LIBROS Y REVISTAS

A. Hernández Catá.—*La Casa de Fieras.*—Bestiario.—Ed. Mundo Latino. Madrid.

La moda de las moralidades esópicas, renovada en las literaturas extranjeras modernas con los rugidos de las selvas de Kipling, el cacareo de Rostand, la astucia lírica de Renard y el sentimiento pánico de Colette, cuya aguda feminidad cala tan hondo en el instinto puro, no había tenido en España más continuador de Iriarte y Samaniego, que don Manuel Linares Rivas con su fábula teatral de «El Caballero Lobo». En el prólogo a *La Casa de Fieras*, Hernández Catá señala sus próximos antecedentes en lengua española: Lugones, Tablada y, más moderno entre todos, nuestro amigo Moreno Villa.

Hay una diferencia esencial entre la moralidad esópica, transfundida a nuestro tiempo a través de cuantos imitadores de La Fontaine en el mundo han sido, y los bestiarios modernos. Para el gran francés, como para Esopo, los animales son entes de razón humana, encarnaciones simples cada cual de las condiciones que constituyen la complejidad del hombre. Los poetas modernos se complacen, por el contrario, en descubrir en sí propios la psicología de nuestro hermano lobo, de nuestro padre el mono; o, en todo caso, se recrean en esquematizar las siluetas del mundo animal en líneas arquetípicas.

No ha perdido Hernández Catá en este nuevo intento de colaboración en un género *clásico*, un ápice de su bien ganada fama de novelista. Sobre toda otra intención triunfa en su último libro la sátira, es decir, el zumo fuerte de sus mejores cuentos. Y si le falta, acaso, la finura de matiz, la gracia sorprendente de la expresión, características del propósito *moderno*, a que nos referíamos antes, tiene en cambio la robustez, la claridad, la fuerza saludable de los antiguos modelos, y ese recto sentido de la protesta contra la injusticia social que ha guiado siempre a los grandes escritores naturalistas.

* * *

Isabel O. de Palencia (Beatriz Galindo).—*El sembrador sembró su semilla...*—Novela.—Rivadeneira. Madrid.

Una de las pruebas más fuertes que solemos aducir los antifeministas en apoyo de nuestra opinión, es la propensión general de las escritoras a imitar a los escritores. Cuando no, la ñoñez, la sensiblería de las mujeres que alardean en su literatura de la supuesta debilidad de su sexo, nos hace aborrecible la distinción de géneros literarios en masculino y femenino. Apresurémonos, pues, a señalar con piedra blanca la aparición de la primera novela de la señora de Palencia. Porque su mayor precio está en la resolución con que afronta un problema de conciencia femenina.

Toda la primera parte de la novela, llevada con innegable soltura, peca de excesivo respeto a la manera de hacer una más. Por querer contar las cosas sencillamente, la autora no se preocupa de la facilidad con que ha aprendido a llenar cuartillas para columnas de periódicos—el mal del siglo, del que nadie estamos exentos—, y hace literatura sin saberlo. Mediada la obra, triunfa la fuerza del sentimiento natural que le impulsó a escribirla, y del mismo modo que la protagonista, al sentirse madre, cobra una conciencia de mujer heroica, que no sospechábamos por su insípida existencia anterior de muchachita provinciana, la novela adquiere un valor imponderable, más todavía por el temperamento que revela en quien tan decididamente arriesga la iniciación de un tipo de literatura experimental, que por lo ya logrado, con ser, repito, la última parte muy interesante como tal obra de entretenimiento, fin primordial que el novelista no ha de olvidar nunca, y que la señora de Palencia consigue de primera intención, en *crescendo* hasta el final, dignamente compuesto y rematado.

* * *

Rafael Urbano.—*El Diablo. Su vida y su poder. (Toda su historia y vicisitudes).*—Bib. del Más Allá. Madrid.

Rafael Urbano, hombre ingenioso, humorista de profesión, conversador amenísimo, cultivador de raras especialidades, aficionado sobre todo a disimular bajo una apariencia frívola y desentonada con la última moda literaria y científica, una gran cultura, acaba de publicar un libro por demás curioso, divertido, sagaz y utilísimo para el profano.

Burla burlando, traza en un compendio didáctico, con el atractivo de una novela de aventuras, la historia del Diablo, del Espíritu del Mal, personificado en el Ángel rebelde de las Escrituras, sagradas para el mundo cristiano. De las primeras revelaciones conocidas, a los satanismos literarios de estos últimos tiempos va Urbano saltando ágilmente con donosura y humor alegre, en pos de la gran sombra maléfica que hace el magnífico claroscuro shakespeariano en la conciencia de la Humanidad.

Es una historia, dice su autor, «tal como puede escribirse en nuestros días, no llena de fe, pero sí de inquietud».

* * *

177 071

LA PLUMA

María Enriqueta.—*Rumores de mi huerto. Rincones románticos.*—Madrid. Imprenta de Juan Pueyo.

Se ha honrado alguna vez LA PLUMA publicando versos de María Enriqueta, distinguida poetisa mejicana. En el volumen que ahora recoge todos los comprendidos en dos ediciones ya agotadas de *Rumores de mi huerto*, con más la copiosa colección de inéditos de *Rincones románticos*, se advierte clara la formación de la autora en la escuela post-romántica.

Es verdad que la poesía no es de ayer ni de hoy; pero es innegable que en tanto no borra el paso del Tiempo las diferencias de los tiempos, hay una especie de barrera que delimita los gustos de una a otra generación. La gracia de los versos de María Enriqueta es, sobre todo, tan espontánea, que aún sometido su estro a leyes ha tiempo vencidas por usos y costumbres más arbitrarios, nos ganan por la tierna efusión que los dicta.

De Norte a Sur corre por el Continente americano un blando movimiento de lirás, acordes al íntimo sentir de tantas gráciles musas como se han dado a cultivar la poesía, que ya no se contentan con inspirar en pechos varoniles. María Enriqueta las preside.

Valentín de Pedro.—*España Renaciente.*—Opiniones, Hombres, Ciudades, Paisajes.—Los Nuevos. Calpe.

Valentín de Pedro es español. Español de España, como dicen muy justamente en París para distinguir a los de aquende el Océano, de los españoles americanos. Su internacionalismo no le permite reivindicar exageradamente su condición de nacido en la Argentina. Tiene, no obstante, cierta timidez de extranjero para contemplar a España. El generoso optimismo de su *España Renaciente*, y más que nada el tono de *descubrimiento* con que celebra sus impresiones, le delatan. Ha abordado, en los capítulos que componen este libro, el tema fundamental de la literatura superviviente del desastre nacional en que seguimos viviendo. Admite el dogma de un renacimiento actual de España. Vamos, indudablemente, camino del éxito *mundial*. Hora es ya de que pensemos en afinar el sentido crítico. No, no es oro todo lo que reluce.

Estas ligeras apreciaciones en nada quieren menoscabar la intención, el interés, la amenidad del libro de Valentín de Pedro, en cuyas páginas se alían la información curiosa, el detalle significativo, el apunte, el toque, y el impulso ditirámico, cálido, juvenil, entusiasta, esperanzado siempre.

C. R. C.